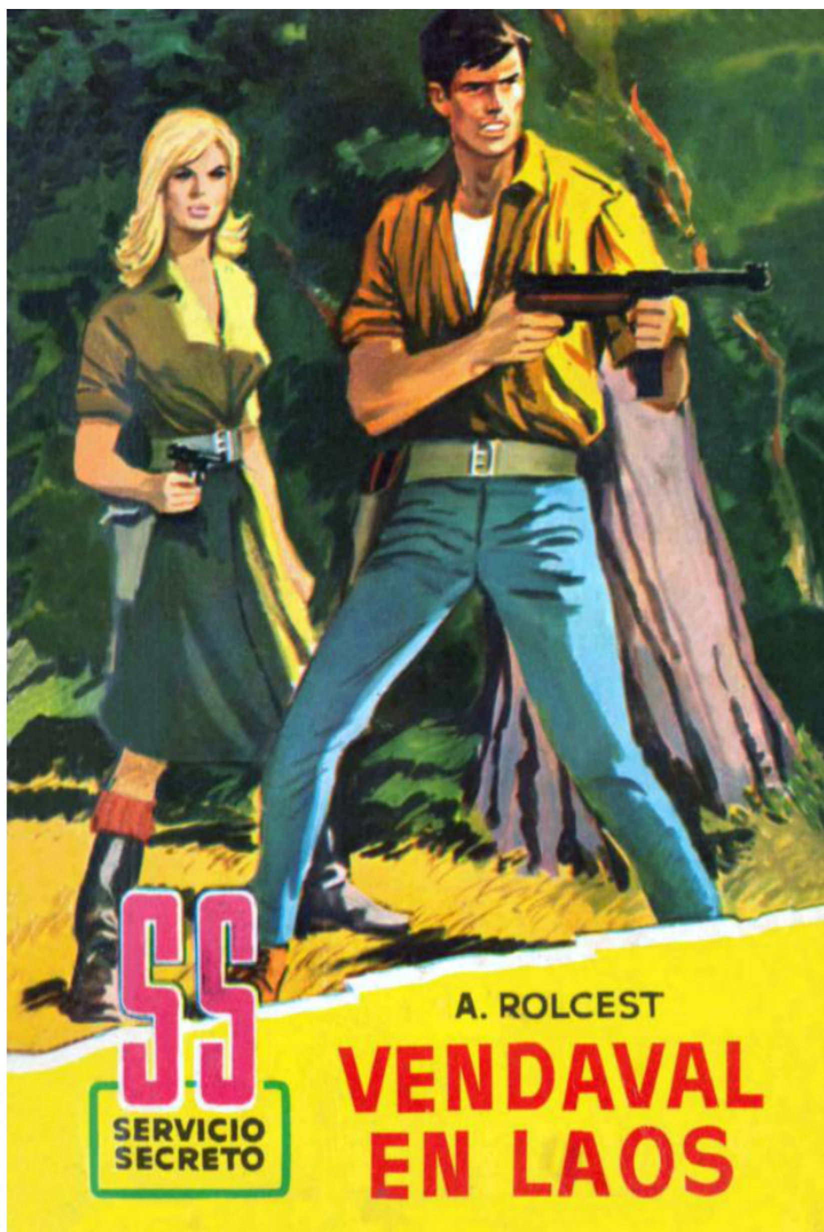

SS
SERVICIO SECRETO
A. ROLCEST
VENDAVAL EN LAOS

A. ROLCEST

VENDAVAL EN LAOS

1.ª EDICIÓN
JULIO - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 7467 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

N. R. 1770/61

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
660. — ¡Decidirá el revólver! 672. — La aliada de la muerte. 694. — Mi compañero es el «Colt».

En Colección BUFALO:
370. — El fantasma del naipe de oro. 389. — Buitres de la pradera. 400. — La muerte en rojo.

En Colección SERVICIO SECRETO:
309. — Flecha de plata. 562. — Pasos en la noche. 565. — Hampa brillante.

En Colección PANTERA:
63. — Horda sin ley. 71. — Arenas malditas. 78. Honderos de fuego.

En Colección TEXAS:
253. — «Sonrisa Colt». 258. — Horas sin ley. 269. Justicia y «Colt».

En Colección CALIFORNIA:
192. — La hiena ronda el vivac. 219. — Te veré en la horca. 227. — La mina maldita.

En Colección COLORADO:
139. — Un ataúd en juego. 147. — ¡Aún no tengo el ataúd! 188. — La tregua de los valientes.

En Colección KANSAS:
101. — La dama del «Colt Frontier». 125. — ¡Somos enemigos! 160. — Barrera verde.

En Colección ASES DEL OESTE:
56. — Valle salvaje. 91. — Furia suelta. 102. — Evadido de la horca.

En Colección BRAVO OESTE:
6. — La pantera del odio.

VENDAVAL en LAOS

POR

A. ROLCEST



CAPÍTULO PRIMERO

Antes de meterse en la callejuela, todavía se volvió una vez más para embelesarse en aquella inmóvil explosión de cerámica multicolor que se reflejaba en las aguas del Menam.

El Vat Arun, el «Templo de la Aurora», encaraba al sol sus ochenta metros de mosaicos. Un gigantesco vigía de oro y pedrería, ardiendo en una orgía de colores.

Bill Kress sonrió al decirse él mismo que estaba comportándose como un vulgar turista. Todo lo que había soñado en sus años juveniles lo veía ahora al alcance de la mano, y por una broma del destino tenía que renunciar a ello, quizá definitivamente.

Le quedaba muy poco tiempo de permanecer en la capital de Thailandia. Si todo salía como lo tenía planeado, quizá saliera aquella misma noche.

Se metió en la callejuela, en busca del barrio popular de angostas callejas repletas de chinos que ofrecían a gritos sus mercancías.

A Bill le daba la sensación de que sus pasos levantaban polvaredas de moscas. Una chiquillería incontable correteaba de un lado a otro, interceptando al viandante, enredándose en sus piernas. Los chinos, sentados en cuclillas en sus altas sillas, acentuaban los gritos al paso de Bill.

Con gran trabajo consiguió salir a uno de los estrechos canales que cruzaban la ciudad. Profusión de barcas, atiborradas de mercancías, cubrían casi por completo la superficie del canal. Era el típico mercado de Bangkok.

Permaneció unos momentos mirando en aquel maremágnum de embarcaciones, algunas con toldos de lona, otras de hoja de palma. Sobre cubierta veíanse hortalizas, pescado, telas.

Vistos desde la orilla, los vendedores parecían hombrecitos decapitados. Sentados en cuclillas, el ancho sombrero les cubría los

hombros y parte de la espalda.

Bill contrajo el rostro al presentir que aquel nimio detalle del sombrero iba a convertirse en un obstáculo muy difícil de vencer, por no decir imposible.

Buscaba a un siamés cuyo rasgo más significativo era una cicatriz que partiendo de la sien izquierda terminaba en la comisura de la boca.

Sabía que se encontraba en aquella área. Pero ¿quién de todos aquellos hombrecitos, con el rostro oculto bajo el ancho sombrero, era el que buscaba?

No era cosa de ir de uno en uno, mostrar interés por lo que vendía, discutir, hasta conseguir verle el rostro y seguir adelante, hasta hallar al hombre.

Decidió andar bordeando el canal contra corriente. A muy pocos metros veía un estrecho puente de madera. Otro se divisaba más lejos.

En una de estas pasarelas tenía que encontrar otro detalle que lo orientara. Lo recordaba ahora, cuando veía la débil construcción.

El siamés de la cara cruzada debía hallarse cerca de un puente recién construido. La mitad era de madera nueva.

Por momentos se sentía más irritado. Y apenas despertó en él la creencia de que alguien le iba a la zaga, giró, y se quedó mirando hacia la sospechosa figura.

Era un occidental, rubio, de ancha espalda, poco más o menos de la edad de Bill. Al mirarle vio que los ojos del desconocido se animaban y una abierta sonrisa iluminaba su cara.

Bill permaneció quieto en su sitio, en espera de que el risueño desconocido llegara. Éste, cuando estuvo a unos tres pasos, se paró en seco, adoptando una actitud militar.

—¡A sus órdenes, señor! —dijo en un inglés de marcado acento texano.

Bill pareció primero aterrorizado. Enseguida se repuso, y adoptó un aire ligeramente sorprendido.

—¿Quién es usted?

El otro soltó una alegre risa. Abandonó su posición de firme y exclamó:

—¡Qué alegría, coronel Kress! ¡Temí haberme equivocado…!

Al oírse llamar por su nombre en aquella calleja de Bangkok

acabó por alarmarle. Por más que se esforzaba por reconocer a aquel individuo, no lo conseguía.

—¡Hable de una vez! ¿Quién demonios es usted?

—Dick Mayne… Cabo de la tercera sección de tanques. Tuve el honor de operar a sus órdenes, en la acción de Yen Bay… Más concretamente, en la operación «Etoile».

En la imaginación de Bill Kress apareció una fría madrugada en el noroeste de Tonquín. El tremor de un grupo de tanques esforzándose por salir de un barrizal e introducirse en la jungla, para atacar al enemigo por la espalda y cortar su principal vía de suministros. Ningún tanque regresó de aquella operación.

—¿Cómo se encuentra aquí? —preguntó Bill.

El otro se encogió de hombros:

—Cosas que suceden.

—¿Consiguió escapar?

El excabo rompió a reír.

—¡Oh, sí! ¡Ya me ve…!

Se quedó mirando a Bill, como vacilando. La mirada de su antiguo jefe debió tranquilizarlo.

—Los que quedamos con vida íbamos a ser ahorcados, pero al saber que pertenecíamos a la Legión Extranjera, cambiaron de parecer. Nos dieron un trato amable y a mí me ofrecieron el mando de un batallón… Buen ascenso, ¿verdad, coronel?…

—También yo ascendí rápido —contestó Bill, irónico—. Unos meses me bastaron para conseguir el grado de coronel.

—La Legión tiene eso: o te vas arriba, o al demonio —Dick rompió a reír—. Pero yo no tuve tiempo de poner a prueba mis dotes de comandante… La víspera de entrar en fuego, tuve una buena oportunidad de escapar… Y aquí estoy.

—¿Y desde entonces se encuentra en Bangkok?

—Oh, no… He estado en Birmania mucho tiempo. Luego, en Laos.

—¿Qué hacías?

—Lo que se presentaba… ¿Usted volvió al país?

—¿A nuestra Patria? ¿Por qué no tenía que regresar? —preguntó Bill, haciéndose el sorprendido.

Dick miró al suelo.

—Verá… Se contaban cosas tan extrañas de usted…

—Incluso que deserté de mi batallón en Corea —completó Bill, sosteniendo la mirada de Dick.

—Pues, sí, también se decía eso… Pero nadie lo creía, ésa es la verdad.

Tuvieron que apartarse para dejar paso a una mujer china y a un enjambre de niños.

—¿Y no hiciste gestiones para volver a la Legión?

—¡Y un cuerno!… ¡Bueno está lo de Argelia…!

Dick se quedó mirando a su compatriota con sus desconcertantes ojos de muchacho avispado.

Bill permaneció unos momentos pensativo. El otro se quedó observándolo, con ingenuo temor de que su exjefe prorrumpiera en insultos.

«La Legión tiene unos brazos muy largos», ése era el callejón sin salida con que se encontraban los que ingresaban con ánimo de desertar.

Dick miraba la frente de su exjefe, cruzada de violentas arrugas. Veía su recia figura con los músculos tensos. El severo pliegue de la boca, acostumbrada a las voces de mando.

Hubo un momento en que el excabo creyó que su compatriota saltaba ágilmente y le ponía las férreas manos en la garganta con propósito de abogarlo.

Esto le hizo sonreír. ¡Estaría bueno que después de haber escapado de la soga que le tenían preparada los del Vietmin, hubiese ido a colocarse en las manos de un militar fanático!

Pero Dick vio que las profundas arrugas desaparecían paulatinamente. El rostro de Bill quedaba terso, trasluciendo Una honda alegría.

—¡Bien, muchacho!… Me alegro de haberte encontrado. ¿Hace mucho que estás en Bangkok?

—Unas dos semanas.

—¿Acostumbras a venir por estos sitios?

—Naturalmente. Al final de esta calleja tengo mi alojamiento.

Dick se mordió los labios. Acababa de cometer una de las peores torpezas: dar su dirección a un hombre que en cualquier momento podía empujar a la policía siamesa para que lo detuvieran.

Aunque Thailandia parecía no preocuparse de lo que ocurriera al otro lado de sus fronteras, por bajo mano intervenía en todo aquello

que le indicaban las potencias occidentales, especialmente Norteamérica. Dick quiso salirle al paso, quitándole importancia a su situación.

—En Thailandia un desertor es tan corriente como un chino. Los hay a montones, de todos los países… Y nadie hace caso.

—Lo celebro. Eso quiere decir que nadie se ocupa de nadie.

—Exacto —y mirando intencionadamente a su exjefe—: ¿Acaso usted también va, como yo, a salto de mata?

Bill se echó a reír.

—Algo por el estilo… Y si he venido aquí es porque tenía ciertos informes de que uno podía pasar desapercibido. Pero a los cuatro pasos me encuentro con que alguien me conoce…

—Igualmente he quedado yo sorprendido, coronel… Me he pellizcado y todo, creyendo que soñaba, Bill miraba a un extremo y otro de la calle. Fue un movimiento maquinal, en tanto pensaba qué actitud tomaría con su compatriota.

No se decidía a deshacerse de él. Si era un espía, nada remediaría con cortar bruscamente aquel encuentro.

Por otro lado, reteniéndolo quizá sacase partido. Nada tenía de extraño que aquel hombre hubiese dicho la verdad.

—¿Tienes algo que hacer en este momento? —preguntó Bill.

—Nada en absoluto. Ni ahora ni más tarde. Durante el día, vago… Y por la noche… ¡Bueno!

Volvió a encogerse de hombros. La reticencia quedó en el aire, dando lugar a las más escabrosas interpretaciones.

—¿Qué haces por la noche? —preguntó Bill.

—Nada —contestó, con un tono marcadamente irónico, con intención de que su respuesta se tomara en sentido contrario.

—Puesto que conoces esta zona, me harías un gran servicio acompañándome. Para mí esto resulta un verdadero laberinto.

—¡Con mucho gusto, coronel! —exclamó Dick, con un entusiasmo que parecía sincero.

—¿Dejamos el tratamiento, muchacho? Debes tutearme.

—No sé si podré —dijo, mirando a su exjefe con aire azorado.

—Haz un esfuerzo… Somos dos «viejos» amigos… y además, compatriotas. Como tales debemos hablarnos —se interrumpió para soltar una breve risa—. A todo esto nuestro trato puede que solamente dure unos minutos. ¿De veras estás dispuesto a

acompañarme?

—Ya te lo he dicho, Bill —contestó Dick, acentuando demasiado la nueva forma de dirigirse a su exjefe para que no se notara que le costaba un gran esfuerzo—: ¿A dónde quieres ir?

—A un puente que es mitad viejo y mitad nuevo. Eso es todo lo que puedo decir.

—¿Y está por aquí?

—Eso creo.

—Hum… Estos alrededores los conozco perfectamente, y estoy casi seguro que no existe ese puente.

Todos los que hay por aquí se caen de puro podridos.

—Tal vez esté en dirección contraria a la que he llevado.

—Eso podemos comprobarlo enseguida.

Y Dick se volvió, dispuesto a marchar en dirección contraria, pero Bill lo cogió de un brazo.

—Casi sería mejor recorrer el canal de arriba abajo en un sampán.

—¡Iba a proponértelo! —contestó Dick—. Tengo amistad con un chino que por unas monedas será capaz de llevarnos al nacimiento del Menam.

—¡De acuerdo!

Siguieron calleja adelante y llegaron a un sitio donde dos grupos de casas formaban un corredor tan estrecho, que apenas si un hombre podía pasar por él.

—Por aquí llegaremos antes —explicó Dick.

Asomaron pronto al mismo nivel del canal. Allí la baraúnda de barcas era tan intensa como en los otros sitios. Sólo que no existía el griterío de vendedores.

Se veían barcas cargadas de mercancías, otras vacías, amarradas a pequeños embarcaderos de los que partían cortas escaleras que empalmaban con las casas enclavadas a ambas orillas.

Dick se quedó mirando a una vieja casa de madera que había enfrente y soltó un prolongado silbido. Enseguida, poniéndose las manos como altavoz, gritó:

—¡Ju Tsai!

Repitió la llamada dos veces. Al fin, de las negras maderas que formaban la pared de la barraca se despegó una esterilla tejida con bejucos, y por un reducido rectángulo asomó el mondo cráneo de

un chino.

Al ver quién le llamaba hizo una mueca y movió varias veces la cabeza en sentido afirmativo. La esterilla volvió a caer, pegándose a la madera.

Casi a ras del agua se abrió a los pocos momentos una pequeña puerta, tan baja, que el chino tuvo que inclinarse para pasar por ella.

Dick le explicó en inglés lo que querían. Ju Tsai se puso varias veces la mano en la frente y saltó a una vieja embarcación amarrada frente a la puerta.

Cogió una larga percha que había sobre cubierta, la hundió por un extremo en el agua y sin denotar el menor esfuerzo, pasó la embarcación a la otra orilla.

Los dos saltaron a bordo.

—Si te interesa permanecer oculto… —dijo Dick, indicando a Bill la garita que había en la popa.

Bill rechazó sonriendo. Para sus adentros pensó que precisamente deseaba todo lo contrario.

Su situación requería atravesar aquel laberinto de barquichuelos permaneciendo muy visible, por si el siamés de la dichosa cicatriz captaba los distintivos convenidos que tenían que revelar su personalidad: su chaqueta gris; la corbata, blanca con el nudo bajo y el cuello despasado, como si se ahogara de calor; el sombrero echado a la nuca y un cigarrillo apagado en la boca.

Bill hacía esfuerzos por convencerse de que todas aquellas complicaciones no eran cosas innecesarias y ridículas.

Su temperamento de soldado, habituado sólo a zigzaguear cuando cruzaba una zona batida, pugnaba por rebelarse al tener que torcer los pasos en momentos en que no se oía el silbar de los proyectiles.

En tanto la pequeña embarcación remontaba el canal, Bill, de pie, recostado contra la garita, escudriñaba en aquella jungla de barcas.

La proa avanzaba partiendo en el agua una costra de suciedad. Patatas y cebollas podridas; peces muertos, putrefactos; oscuras manchas de cloacas… Todo a flor de agua.

Y como un plantel de flores sobre un campo cubierto de estiércol, aquí y allá surgía de vez en cuando la graciosa figura de

alguna mujer siamesa, discutiendo con algún vendedor.

Bill había ofrecido un cigarrillo a Dick y se había puesto otro en la boca, que apenas encenderlo lo apagó. Dick, muy animado, no hacía más que hablar. Pero Bill apenas le prestaba atención.

—¡Mira, Bill, qué maravilla va en aquel sampán…!

Iba en la embarcación que marchaba delante, a corta distancia. Era una mujer joven, de espléndida cabellera rubia.

Estaba de pie, junto a la garita. En el momento en que Bill, casi maquinalmente, había fijado la vista en la embarcación donde ella se encontraba, la joven volvió la cabeza y fijó en Bill unos grandes, magníficos ojos grises, que destacaban en un perfecto óvalo bronceado. La boca, furiosamente roja, empezó a sonreírle. Y enseguida se volvió.

—¡Diablo!… ¡Y te mira a ti, Bill…!

El costoso vestido, hábilmente ceñido, revelaba la soberbia escultura de un cuerpo joven, elástico, en el que todos los contornos quedaban endemoniadamente insinuados.

—¡Soberbia gacela! —exclamó Bill—. ¿Quién es?

—¡Yo qué demonios sé!… Yo pensaba que era la que tú buscabas.

Bill lo miró serio.

—¿He dicho acaso que buscaba a una mujer?

—No, desde luego. Pero de la forma que te mira… Otra vez ha vuelto la cabeza…

El sampán dio un trompazo. Una embarcación acababa de atravesarse. El choque fue tan violento, que Bill y Dick cayeron contra la garita.

Ju Tsai empezó a vociferar. Aún lo hizo con mayor fuerza el de la embarcación atravesada. La barca se había inclinado de manera que un montón de hortalizas se fue al agua.

El tripulante de una embarcación y el de la otra blandieron las perchas a modo de lanzas. Un garrotazo dio en un hombro de Ju Tsai.

Sin embargo los chillidos más desesperados los emitía el que le había atizado. Parecía que fuera a caer presa de un ataque. El sombrero se le fue de la cabeza…

Y Bill, de pronto, con voz estentórea, gritó en francés:

—¡Basta! ¡Yo pagaré los daños!

Dick, que se había preparado para reír a mandíbula batiente con la trifulca de los dos orientales, miró a su exjefe, dispuesto a protestar.

—¿Qué diablos vas a pagar tú? ¡Déjalos que se despechuguen!

Pero ya Bill se había interpuesto entre los dos asiáticos, arrebatándoles las pértigas.

—¡He dicho que basta!… ¡Pagaré los estropicios!

Dick se daba a todos los diablos. También el de la mercancía echada al agua parecía tan enfadado como el excabo, como si no significase nada la promesa de Bill de compensarle por las pérdidas.

Siguió vociferando en su extraña jerga, dirigiendo miradas furiosas a Ju Tsai y agitando los puños fuertemente cerrados.

El chino, por su parte, había momentos en que se mostraba más Colérico. Todos los que ocupaban las barcas próximas se habían arrancado a vociferar.

Bill tiró unas monedas a Ju Tsai y saltó a la barca del perjudicado.

—¡Vámonos de aquí y ya me dirás qué te debo! —Manifestó en francés, pareciendo verdaderamente incomodado.

Dick saltó a su lado.

—¿Te has vuelto loco? Has dado a Ju Tsai dinero para que nos pasee toda una semana… ¿Qué vas a darle a este sucio siamés?

Bill lo miró severamente.

—Si quieres venir conmigo, haz por no parecerte a un oriental con tu charlatanería.

Otra vez advirtió el tono de mando, y a punto estuvo de exclamar: «¡A la orden, señor!».

Se limitó a decir:

—Perdona, Bill… Y quiero ir contigo —recalcó.

Se sentó a un lado de la barca y esperó a que su tripulante consiguiese sacarla de aquel barullo. Su propósito era permanecer callado pero al mirar río arriba, y ver lejos a la joven de espléndida belleza, rezongó:

—¡Por estos sucios la hemos perdido…!

La hermosa joven volvía de vez en cuando la cabeza, seguramente para mirarles. Dick iba a recordarle a Bill que había una bella sirena río arriba, cuando reparando en el siamés exclamó, a punto de soltar la risa:

—¡Vaya cara!

Miraba la profunda cicatriz que partiendo de una sien, alcanzaba una comisura de la boca…

CAPÍTULO II

La barca quedó amarrada a un poste que emergía del agua. El siamés hizo unos atentos ademanes para que sus dos pasajeros occidentales saltasen a tierra.

Bill saltó el primero. A continuación, Dick.

El siamés, sin abandonar su barca, llamó a unos chiquillos que había jugando a la sombra que proyectaba una choza. Dos de ellos acudieron corriendo y saltaron a la embarcación. Allí se quedaron de guardia, en tanto el siamés saltaba a tierra y echaba a andar seguido de los dos occidentales.

Dick se había hecho el firme propósito de no hablar. Pero le resultaba muy difícil.

Le parecía absurdo, que Bill se sintiese tan generoso que no vacilase en pagar unos daños insignificantes con esplendidez, como si él fuese el culpable y temiese que aquel pobre diablo le guardase rencor.

Pero sobre todo, lo que más le sorprendía era la solemnidad que se le daba al asunto. Eso era lo que no acababa de comprender.

Se estaban metiendo en el barrio de diminutas chozas de paja, a orillas del Menam. Allí vivía la gente pobre. De allí arrancaban las epidemias cuyos latigazos llegaban al interior de la ciudad.

La inquietud de Dick no obedecía ahora al temor de una contaminación más o menos peligrosa. Se había rezagado un poco para observar a su exjefe y al siamés. Marchaban Uno detrás del otro, callados los dos.

El excabo se paró de pronto y exclamó:

—¡Bill!… ¡Digámonos adiós! ¡No paso de aquí!

Parecía verdaderamente decidido a separarse de él. Bill muy bien hubiera podido aprovechar aquella ocasión para despegarse de su compatriota.

Pero desde el momento de la trifulca hasta ahora, los propósitos

de Bill habían cambiado bastante, con respecto a Dick.

—¿Por qué quieres marcharte? Me dijiste que nada tenías que hacer.

Comprendió lo que ocurría en Dick. Tenía miedo de que lo metiera en alguna complicación con las autoridades revelando su condición de desertor de la Legión.

Bill soltó la carcajada, acercándosele.

—No seas idiota. Te aseguro que mi situación es tan incómoda como la tuya, en lo que a documentación se refiere.

—Pero tú dispones de medios para cubrirte, si hubiera algún palo.

—Te equivocas si piensas que dispongo de mucho dinero… Pero tiendo a conseguirlo. Si las cosas me salen bien, podré darme la gran vida.

Aunque nadie podía oírles, en el supuesto de que hubiese alguien que supiese inglés, Bill bajó la voz:

—Tengo a la vista un formidable negocio… Necesitaré gente y tú podrías ser de la partida. En realidad, mi brazo derecho.

—¿Yo? —Dick parecía alelado—. ¿Por qué?

—Conoces el país más que yo. Tu ayuda puede serme muy valiosa.

—¡Pero si apenas estoy aquí unas semanas!

—Las suficientes para que en algunas cosas puedas orientarme. Además, tú has estado en el Vietmin, y has podido salir de allí.

—Eso sí —contestó Dick, con infantil vanidad.

—Pues eso es lo que más me interesa…

El excabo miró a Bill con recelo.

—¿De qué se trata? ¿De armas?

Bill asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Para quién son? —volvió a preguntar Dick.

—Eso ya lo veremos —contestó Bill, con despreocupación—. Se las llevará quien mejor pague.

—¿Habría que introducirlas en Laos?

—¿Por qué supones que allí? —preguntó Bill, mirándolo fijamente, pero con un matiz irónico.

—No sé… Aquello está ahora bajo un vendaval…

El siamés esperaba pacientemente a alguna distancia, en cuclillas, sin volver una sola vez la cabeza para mirarlos.

Dick se puso a pensar muy serio. Fue la primera vez que Bill le vio un gesto grave.

—¿Qué contestas?

—¡Es curioso! —exclamó Dick—. Cuando tú mandabas nuestra unidad de tanques y preparabas una operación que era una muerte segura, nadie vacilaba en obedecer… ¿Por qué demonios estos reparos ahora?

—No quiero ocultarte que en este «negocio» existe el peligro.

—Eso no me importa. Si quieres que te diga la verdad, estoy harto de no hacer nada que merezca la pena. De noche me dedico a introducir contrabando en tan pequeña escala y tan sin peligro, que apenas me da para lo que gasto al día.

—Entonces…

—Siempre he soñado con realizar una cosa de envergadura en la que si sales bien, te cubras para el resto de tu vida. ¡De acuerdo, Bill! ¡Te acompañaré al mismísimo infierno!

Bill, en tono irónico, preguntó:

—¿Y si te hago una mala jugada?

—Allá tú conciencia.

Bill le puso una mano sobre un hombro.

—Nada temas.

Dick miraba ahora al siamés. Por fin pareció entrever el sentido de aquel aparato con que se revestía la indemnización de unas míseras mercancías.

—¿Acaso era éste a quién buscabas?

—Desde luego.

Dick rompió a reír.

—¡Vaya palo que se ha llevado Ju Tsai! ¡Qué lástima! ¿Y por qué en vez de buscar a ese mico, no has procurado un eslabón como la muchacha rubia? Te miraba… Cualquiera pensaría que era ella la que te buscaba.

Por unos segundos asomó la sugestiva imagen de la joven rubia, en la mente de Bill. Entrevió algo extraño en la forma como apareció, casi al mismo tiempo que el siamés.

Pero lo olvidó enseguida. Había algo más urgente que hacer, que averiguar quién era aquella mujer.

Reanudaron la marcha. Las chozas de paja alineábanse a lo largo del río.

Salieron a un camino en el que se apreciaban rodadas de carro y huellas recientes de automóvil. A ambas orillas del camino se erguían tupidas barreras de gruesas cañas de bambú.

Apareció una finca, un elegante «*bungalow*», rodeado de macizos cubiertos de flores.

En el porche asomó un chino, con aspecto de sirviente. Al ver al grupo se metió en el «*bungalow*», y cuando los tres hombres estuvieron a unos pasos de la escalera, en la terraza ya había aparecido un individuo occidental, de rostro ancho, muy moreno, vestido elegantemente a la manera europea.

El siamés subió precipitadamente los escalones. Al llegar a la altura del occidental se puso la mano en la frente, murmuró algo en voz baja y enseguida dio unos pasos atrás, colocándose en segundo término.

—Caballeros —dijo en inglés el hombre elegantemente vestido —: Según me acaban de informar, parece que se *han extraviado ustedes.*

—Por eso solicitamos su ayuda, señor —recalcó Bill.

Y enseguida, cambiando de tono, como si lo esencial ya estuviese dicho, añadió:

—No hay manera de entenderse con esta gente.

El excabo había decidido no extrañarse por nada que dijera o hiciera Bill. No era verdad que se hubiesen extraviado, y pensó que las dos frases recalcadas por ambos, bien pudieran constituir una especie de credencial, para reconocerse.

Esto lo vio confirmado por el cambio que se produjo en el elegante individuo tan pronto oyó la respuesta de Bill. Descendió dos peldaños, tendiéndole una mano.

—Con sumo gusto les ayudaré. Precisamente me disponía a salir en mi coche hacia la ciudad. Supongo que es allí adonde quieren ir ustedes.

—Naturalmente —contestó Bill.

—¿Tendrán la amabilidad de pasar y esperar unos momentos?

—Como usted mande, señor… —dejó en el aire una petición de que dijera el nombre.

—Jud Riker.

—Tanto gusto. Mi nombre es «Charlie» —y sin esperar a ver el efecto que producía, se volvió para indicar a Dick—: Aquí, mi

amigo…

Dick rezongó para sí: «¿Qué hago? ¿Me invento un nombre?».

Pero Bill no le dio tiempo.

—Se llama Dick… Eso basta. ¿No es cierto?

—Desde luego —contestó el elegante, sonriendo.

Durante unos momentos estuvo mirándolos fijamente. Una chispa burlona creyó captar Bill en los brillantes ojos negros del que decía llamarse Jud Riker.

Pasaron al interior del «*bungalow*». El siamés de la cicatriz se quedó fuera o se marchó.

Apareció de nuevo el criado chino, apenas entraron en un elegante gabinete. El criado traía una botella de *whisky* y tres copas.

—Prepara el coche —ordenó el anfitrión.

El mismo destapó la botella y sirvió.

—Si lo prefieren con soda…

—Me da lo mismo —contestó Bill.

—Yo lo prefiero solo —manifestó Dick.

Jud Riker se quedó otra vez mirándolos. A Bill le pareció que ahora no había chispas de burla en sus ojos, sino un brillo acerado, hiriente, como dos puntas de cuchillos.

Bebieron los tres, y enseguida encendieron un cigarrillo. Riker miró el reloj.

—Mí «plan de trabajo» anda muy retrasado —dijo, mirando a Bill—. Lo que voy a hacer hoy debió hacerse muchos días atrás.

Bill sabía que era verdad. La fecha de aquella «presentación» estaba fijada para cinco días antes. Los motivos de aquel retraso era algo que Bill se guardaría muy bien de revelar a Riker.

—Es corriente que los cálculos fallen —contestó tranquilamente Bill—. Especialmente cuando nuestros pasos dependen de tantas circunstancias ajenas a nuestra voluntad.

Jud Riker sonrió.

—En mí no suele ser corriente. Hasta ahora puedo vanagloriarme de que mis planes se han desarrollado con toda precisión.

—No tengo más remedio que felicitarle —replicó Bill—. Yo he de confesar muchos pequeños fracasos en mi haber.

—¿Es eso cierto, «Charlie»? ¿Obedece acaso a uno de esos «pequeños fracasos», su permanencia en Bangkok? —Se advertía

mucha intención en su tono.

—Puede —contestó Bill.

Había algo manifiestamente violento en aquella cordialidad. Bill hubiera deseado que Dick no estuviese presente para plantear el asunto con toda claridad.

Con gran esfuerzo se contuvo y adoptando un aire distraído se levantó.

—Señor Riker: Puesto que tiene prisa, no quisiera que por causa nuestra se «retrasara» usted más.

—Salimos enseguida.

En aquel momento un coche se detenía frente a la casa.

—Salgan ustedes. Yo, mientras, me aseguraré de que la casa queda bien cerrada… Sólo en determinadas «circunstancias» suelo aparecer por aquí.

Bill y Dick se metieron en el coche. El chino cerró la portezuela y luego subió la escalinata, desapareciendo en el interior del «*bungalow*».

—Tan pronto lleguemos a mi hotel —dijo Bill—, tú te irás con cualquier pretexto.

—De acuerdo.

—Recogerás tus cosas y vendrás al hotel, para alojarte allí durante el tiempo que permanezcamos en Bangkok.

—No tengo nada que recoger. Nada que valga la pena… Y prefiero desaparecer de allí sin dar explicación a nadie.

Bill permaneció unos momentos pensativo.

—Llámame «Charlie» en presencia de Riker… Él sabe que ese nombre es un marchamo, pero no conviene darle otro. He visto en él algo que no me agrada.

—¡Me alegra oírtelo, Bill…!

—«Charlie»…

—¡Sí, «Charlie»!… También yo he notado como si desconfiara.

Bill dijo con sorna:

—A lo mejor tiene motivos… Pero en lo que a nosotros se refiere, hace mal en desconfiar. Él va a lo suyo y nosotros a lo nuestro. Si mis propuestas no le gustan, con decir no, todo queda zanjado…

Enseguida le hizo un gesto a Dick para que permaneciera callado. Con un dedo le indicó el respaldo de los asientos

delanteros.

—Es seguro que ahí existe un embudo que se ha tragado toda nuestra conversación —le susurró.

Dick lo miró alarmado y sorprendido por la tranquilidad con que permanecía Bill.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió, muy bajo también.

—Por la forma con que nos ha dejado. Una de las cosas que pienso decirle es que no me agradan las marrullerías… Ahí vienen.

Primero apareció Jud Riker, llevando una abultada cartera de cuero. Se detuvo en la terraza y enseguida apareció el chino, con ropa de calle. Cerró la puerta y tras empujarla dos o tres veces, le pasó a su amo la llave con que había cerrado.

—Perdonen si les he hecho esperar —dijo Riker, sentándose al lado del volante—. Pero he de tener mucho cuidado en dejar bien cerrado todo.

—Naturalmente —manifestó Bill—. Los alrededores no parecen muy recomendables… ¿Cómo tuvo la ocurrencia de poseer una finca de recreo en lugares como éste?

—La tengo simplemente alquilada.

—Buen sitio para determinadas escapadas, ¿no? Creo que debo envidiar sus visitas —concluyó Bill, riendo.

Esto parecía divertir a Jud Riker. Bill se había dado cuenta que tenía un punto débil por dónde atacar. Riker traslucía vanidad en su bien cuidada cabellera, en el nudo de la corbata, hasta en la manera de coger el cigarrillo.

—Se equivoca, «Charlie»… No existe nada de lo que usted supone… Sobran sitios en Bangkok para esa clase de «visitas» —y mostró en risa abierta su blanca y fuerte dentadura.

—Alguien, sin embargo, ha preferido este apartado lugar. Y no hace mucho… Tal vez esta misma mañana —dijo Bill.

Riker casi saltó del asiento, al volverse.

—¿Cómo lo sabe?

Lo miraba inquisitivo. Bill rompió a reír.

—¡Bravo! ¡Reconozca que acerté, Riker!

Pero el otro no compartía su hilaridad. Cada vez lo miraba más ceñudo.

—No se alarme —siguió Bill, ya serio—. En el gabinete donde hemos estado he visto un cigarrillo a medio consumir, manchado de

carmín. Eso es todo.

Jud Riker abandonó repentinamente su actitud recelosa para adoptar una actitud tan humorística como la de Bill.

—Quizá me envidie usted de veras, «Charlie»… Eso lo decidirá usted, si me ofrece ocasión de presentarle a la dama.

—¿Oriental?

—No. Perfectamente europea.

Bill se mostró cómicamente defraudado.

—Bah. Le ha quitado al asunto todo interés. Mi debilidad son las orientales… Particularmente las siamesas. ¡Deliciosas muñecas!

Riker prorrumpió en carcajadas. El coche hacía unos instantes que había arrancado, pasando rápidamente el camino bordeado de cañas de bambú.

Al llegar a las primeras calles de las ciudad, la conversación quedó interrumpida, porque Bill parecía más interesado en prestar atención a los monumentos que de trecho en trecho aparecían ante su vista, que en seguir aquella charla insustancial.

Cuando llegaron al hotel donde se alojaba Bill, Dick se marchó, alegando que quería pasear a pie la ciudad.

—Espero que me concederá el honor de aceptar mi invitación en el bar del hotel —dijo Bill—. ¿O mejor en mis habitaciones?

—Decídalo usted mismo —contestó Riker.

En el primer piso, en una de las habitaciones situada casi al final del pasillo que enfrentaba con el ascensor, estaba la que ocupaba Bill.

Cuando entraron, Bill cerró enseguida la puerta por dentro. Apenas hacerlo soltó un respiro.

—¡Vamos, Riker! ¡Ya tenía ganas…!

El otro se le quedó mirando, desconcertado.

—¿Qué ocurre?

—¿Sabe lo que es llevar unos zapatos que aprietan demasiado?

Riker se miró instintivamente los pies.

—Siempre los llevo ajustados —contestó, sin asomo de burla.

—Yo no. Y he de manifestarle que los zapatos, como las situaciones, me gustan holgadas. Tanto disimulo ya me está rompiendo los nervios.

—No sé el motivo para que usted se altere.

—A mí no se me dijo que tenía que saltar tantas vallas para

encontrarle. Más que en Thailandia parece que estemos en la sede del
F. B. I.
o de la Interpol… En tanto nos encontremos en Bangkok, ¿el «negocio» no es perfectamente legal?

Jud Riker sonreía.

—Le veo demasiado optimista, «Charlie».

—¿He dicho algún despropósito?

—Usted no debe ignorar que Occidente aquí se encuentra como en su casa. Un asunto como el nuestro, en el momento más crítico la Policía puede colocarle el marchamo de «subversivo».

Mientras Riker hablaba, Bill se entretenía en sacar de un armario una botella de licor y dos vasos. De espaldas a Riker, preguntó:

—Pero, de todos modos, ¿la «mercancía» no se encuentra a salvo?

Riker no contestó. Bill dejó los vasos sobre una pequeña mesa. Y lo mismo que antes hizo Riker en el «*bungalow*», sin preguntar puso licor en los dos vasos. Le ofreció uno.

—Tenía entendido —prosiguió Bill, sin mirarlo, y después de beber un sorbo— que la «mercancía» se encontraba fuera de la jurisdicción siamesa. Sencillamente, en terreno de nadie.

Riker estaba en ese momento bebiendo. Prolongaba demasiado el tiempo de mantener el vaso en los labios.

Se advertía que aprovechaba la pausa para pensar la respuesta.

Y Bill consideró oportuno aplicar un golpe audaz.

—Si estoy equivocado; si la «mercancía» no ha pasado todavía las fronteras de este país, antes de que sigamos adelante quiero anunciarle que renuncio a este asunto.

Lo inesperado de esa renuncia se acusó en un leve temblor del vaso, todavía en los labios.

El vaso quedó por fin sobre la mesa.

—Aun entre niños, a veces renunciar al juego trae altercados —dijo Riker, en una sonrisa fría.

Bill le buscó los ojos al contestar:

—Un altercado entre niños, si están cerca los «mayores», mal para todos.

Por primera vez se miraron retándose.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Riker, irguiéndose.

—Exactamente lo que usted ha entendido —contestó Bill, tranquilamente, al tiempo que le ofrecía un cigarrillo.

El otro lo cogió maquinalmente. Tras un momento de silencio, en el que ambos permanecieron observándose, Bill rompió a reír.

—¡Estamos en paz, Riker!… Le he inquietado con el anuncio de mi retirada, en pago a los recelos que antes me demostró usted.

—Quizá recele todavía —replicó Jud Riker, con lentitud.

—Tanto mejor. Eso va a servir para que yo me mantenga despierto y recele también de usted. Porque le advierto que no pienso esforzarme por inspirarle confianza.

Siguió un silencio, en el cual Jud Riker dio muestras de gran nerviosismo. El tono tajante con que le hablaba Bill no le dejaba oportunidad para envalentonarse.

—Creo que debíamos entrar en el asunto —insinuó Riker, briscando un tono jovial.

—Sí. Voy a exponerle las condiciones que considero imprescindibles para hacerme cargo de este asunto. Usted limítese a decir «sí» o «no». En el caso de que usted pronuncie «no», yo plegaré mi mapa y al salir por esa puerta dejaremos de conocernos. ¿Me comprende?

Jud Riker, siempre en postura estudiada, se había retrepado en el sillón de juncos y miraba con despierta curiosidad a su interlocutor. Había momentos en que a sus ojos asomaban relámpagos de asombro, casi de admiración.

—Resulta usted desconcertante —manifestó, sin decidirse a reír.

Bill ya se había levantado y del mismo mueble que extrajo la botella sacó una cartera de cuero. La dejó sobre una silla y fue a desocupar la mesita.

Una vez la mesa quedó libre extendió sobre ella un mapa que sacó de la cartera.

Aparecía Thailandia, con el péndulo de Malaca y una vasta zona fronteriza en Camboge y Laos.

Los dos permanecieron unos momentos contemplando el mapa. Bill apuntó con un dedo la línea fragmentada que servía de límite a los Estados. Rayitas muy cortas, en sucesión, como pretiles a lo largo de una carretera…

—En este país se da el caso bastante frecuente en Asia, de que estos signos son algo más que un símbolo, amigo Riker. Esta línea

fragmentada que limita los Estados deja intersticios por dónde filtrarse, en la dirección que se desee.

Lo que decía Bill era verdad. Los rebeldes de Malaca podían recibir por el norte suministros enviados por agentes situados en el mismo Bangkok, sirviéndose del corredor que dejaba el entrante siamés en territorio malayo.

Por el oeste, otro cliente importante: los guerrilleros que anidaban en el territorio montañoso de los Karen.

Al este, las provincias camboyanas, infestadas de partidas rebeldes. Y por último…

El dedo de Bill se detuvo en el norte, en la zona en que el río Mekong, viniendo de China, tendía una trémula franja entre Birmania y Laos.

—Ésta es la zona que me interesa y sobre la única que me prestaré a discutir. ¿Cree usted conveniente que tratemos de ello?

—Planteado de esa manera… —empezó Riker.

—Recuerde el «sí» y el «no». ¿Interesa que hablemos?

Riker no despegó la espalda del respaldo del sillón. Sosteniéndose el mentón con la mano derecha, cuyo codo tenía apoyado en un brazo del mueble, preguntó, con los ojos entornados:

—¿Qué «mercancía» le interesa?

—Armas.

—¿Material sanitario, no?

—En proporción mínima… mis «clientes» caen pocas veces heridos. De todas formas la selva les proporciona medios de cura. Armas y munición es lo que precisan.

Siguió un silencio. Riker permanecía con una pierna sobre la otra, la barbilla apoyada sobre una mano. Los ojos, entornados, quedaban ahora fijos en las puntas de los brillantes zapatos.

—¿Forma de pago?

—La acostumbrada: En el momento de entrega de la mercancía, será abonado su importe…

Estalló una risa de burla, surgida de la boca de Riker.

—¿No cree que es demasiado arriesgado?

—¿Por qué?

—Entregar un arsenal en plena selva y pretender después cobrar…

—Limítese al «sí» o «no» —le atajó Bill, con gesto severo.

—¿Con qué moneda van a saldar la cuenta?

—Adormidera.

Bill no pronunció esta palabra más alta que las demás. No obstante diríase que había gritado.

Riker sé despegó del respaldo y casi se puso de pie. Su displicencia se trocó en una actitud alarmada, más bien de pánico. Dirigió miradas recelosas hacia la puerta.

Luego se quedó observando a Bill, quien permanecía impertérrito.

—Es lo acostumbrado —agregó Bill, adoptando un aire ingenuo.

Y no decía ningún despropósito. La adormidera, de la que se extraía el opio, crecía en las montañas donde los hombres se eliminaban a tiros.

Infinidad de veces, defendiendo una plantación de adormidera se combatía tanto o más que por una ciudad.

Porque aquello no era una plantación, sino un depósito de valores de guerra, una moneda que desafiaba las fluctuaciones de Bolsa.

Quizá por ello, porque la respuesta de Bill era demasiado normal, fue por lo que Jud Riker se inquietó.

Norteamérica estaba por aquellos días acentuando su vigilancia sobre las fronteras.

—Antes de mi respuesta, pido unas horas para pensarlo —dijo Riker, ya de pie.

—Creí que tenía prisa —manifestó Bill, con un tono irónico.

—No tanta como para echarme amarrado de pies y manos al Mekong. Le telefonearé. Si le propongo cenar juntos… será «sí».

—De acuerdo. No saldré del hotel esperando su llamada.

Se estrecharon la mano. Bill no se preocupó siquiera de acompañarlo hasta la puerta. Se dedicó a doblar y guardar el mapa.

Cuando Bill se volvió hacia la puerta, Jud Riker había desaparecido. Poco a poco su semblante fue expresando alegría. Una alegría honda y muda…

CAPÍTULO III

Riker levantó la copa de champaña y la encaró con la de Bill.

—¡Por el éxito de la expedición!

—¡El Gran Buda nos tenga en cuenta! —contestó Bill.

El trato estaba cerrado, discutido en todos sus detalles. Los ojos de Riker relampagueaban de gozo.

Bill no parecía menos contento. Aquel aplazamiento de unas horas había surtido efecto. Al reunirse en aquel elegante club nocturno, Riker dio un «sí» rotundo.

Las copas se acercaron a las sonrientes bocas para poner el marchamo final. Bill sí llegó a beber.

Riker, no. Algo acababa de ver en la pista de baile que lo dejó suspenso. Sus ojos adquirieron un brillo más intenso.

Bill siguió su mirada, y enseguida descubrió el motivo de la atención de Riker.

Era la joven de espléndida cabellera rubia. En ese momento Riker hacía un leve movimiento de cabeza, contestando a una sonrisa de la hermosa mujer.

Bill sintió en su cara la fija mirada de la joven. En una evolución del baile, quedó de espaldas a la mesa.

Su espalda estaba totalmente desnuda. El pecho se cubría por una coraza de seda. Los hombros, bellamente torneados, atrajeron la febril mirada de Riker.

Bill lo observaba a hurtadillas, Riker permanecía como hipnotizado, siguiendo las evoluciones de la esbelta figura, de prietas caderas y largas piernas.

Bill permaneció unos momentos con la vista clavada en la espléndida cabellera que con estudiado desgaire se volcaba por la nuca, hasta tocar los hombros.

—¿La conoce? —preguntó, sin mirar a Riker.

—Algo —contestó.

Bill advirtió el característico tonillo de vanidad y se volvió a mirarlo.

—¿«Algo»… nada más? —inquirió, adoptando un gesto lleno de malicia, todo halago para el otro.

Surtió efecto. Riker entornó los ojos en un gesto que, queriendo ser modesto, rezumaba vanidad.

—¿Recuerda el cigarrillo manchado de carmín?

—¡Acabáramos! —exclamó Bill, riendo—. Riker: Atrévase ahora a decir que no acerté al envidiarle.

—No se precipite, «Charlie»… Simplemente se trata de una buena amiga.

—Ya —dijo Bill, con sorna.

—¡De veras, «Charlie»!… —Y en su tono algo escapó que Bill pudo advertir como una queja, como si quisiera decir: «¡Qué más quisiera yo, que fuera algo más que una amiga!».

Y a punto estuvo de soltar la carcajada.

—¿De qué nacionalidad es? ¿Lo sabe? —preguntó Bill.

—Creo que francesa.

—¿Quién baila con ella? ¿Su marido?

Bill ya sabía que la respuesta sería negativa.

—Oh, no. Ella es completamente libre… Será algún compatriota. Algún trotamundos con mucho dinero y ganas de vivir.

—¡Buena presa, Riker! No deje que levante el vuelo sin antes…

Riker esbozó una sonrisa que llevaba mucho rencor.

—No es tan fácil como parece. Esa muchacha sabe más de lo que aparenta… Se deja llevar y de pronto se escurre. ¡Le aseguro que hay momentos en que me desespera!

Bill no tenía por qué decir que era la segunda vez que la veía. Si la «coincidencia» en el canal se debía a la muchacha rubia o a Riker, ya lo darían a entender. La actitud que Bill creía conveniente adoptar era la de no darse por enterado.

—Conozco a ese tipo de mujeres —dijo Bill, echándose a reír.

—¿Qué procedimiento emplea con ellas? —preguntó Riker, con ingenuo interés.

—Ninguno. ¡Me fastidian!… Prefiero las orientales, ya se lo dije. Su coquetería es más infantil. Estas occidentales, con su ingenuidad llena de cuquería, es algo que no soporto.

Riker lo miró casi con envidia.

—¡Ojalá pudiera yo!

—Aléjese de ellas —siguió Bill, sin dejar de reír—. O en último caso, pruebe de darles un buen golpe en las mandíbulas.

—No crea que no me ha pasado por la imaginación —exclamó Riker, sombrío, tomando en serio las palabras de Bill.

Se quedaron mirando a la pista. De nuevo tenían a la muchacha de frente.

Bill miró divertido el delicado rostro de la joven imaginando el brutal puñetazo bajo la barbilla. En realidad lo que acababa de expresar lo había dicho más en serio de lo que él mismo se figuraba.

Era cierto que detestaba a ese tipo de mujeres que pasaban como un cegador relámpago sobre los seres y las cosas.

Bill, forjado en el campo de batalla, con el alma deformada por una vida que siempre se le presentaba por el lado amargo, sentía un irreprimible rencor hacía todo lo que parecía inconsciencia y frivolidad.

La pieza de baile terminó precisamente cuando la pareja se encontraba a dos pasos de la mesa que ocupaban Riker y Bill.

La joven, al desprenderse del hombre rubio que le servía de pareja, se quedó mirando a Riker y éste no tuvo más que levantarse y extender un brazo.

—¡Dielle! ¿Cómo usted aquí?

—¿Tan extraño le parece? —dijo ella, riendo.

—Tenía entendido que no quería salir esta noche…

—Mis compatriotas tienen la culpa… Dos matrimonios, viejos amigos, recién llegados a Bangkok, se empeñaron…

Hablando, dirigía la mirada tanto a Riker como a Bill. Indicaba con el gesto una mesa situada al otro lado de la pista.

Bill ni siquiera se tomó la molestia de mirar allá. Ni se levantó de la silla. Súbitamente, sin saber por qué, quedó en actitud adusta.

La voz de la hermosa joven tenía un timbre tan agradable que Bill, sin darse cuenta, entornó los ojos, como adormeciéndose. Esperaba que la muchacha, tras el saludo, se alejara con su pareja.

Su sorpresa fue enorme al ver que la joven se volvía hacia su pareja y le decía:

—Di a los amigos que iré enseguida… Quiero estar unos momentos con estos amigos.

En «estos amigos» iba incluido Bill. Al oírlo se puso de pie. El

hombre rubio se alejaba ya.

—Dielle… «Charlie» —presentó Riker, en una actitud que quiso ser familiar, pero que aún resultó demasiado solemne.

Los magníficos ojos grises se posaron en los ojos castaños de Bill. Ella hizo un gracioso mohín.

—¿«Charlie»? ¿De qué nacionalidad?

—La que usted prefiera —contestó Bill, dejando traslucir un tonillo burlón.

Se sentaron los tres. Enseguida Riker hizo traer una copa para Dielle.

—Me marcho enseguida, Riker… Me he sentado para que no esté enfurruñado. De veras que esta mañana, cuando rehusé su invitación, no sentía ningún deseo de salir.

—Muchas gracias —murmuró Riker, queriendo parecer humorístico, pero en realidad muy despechado.

Para Bill no pasó desapercibida la oleada de sangre que asomó en la cara del vanidoso sujeto.

—Oh, no, Riker. No me ha entendido usted —se apresuró a decir la bella, echando el busto hacia atrás, para que los contornos quedaran más altivos y turbadores.

—Está bien claro —dijo Riker.

—No. Lo que yo he querido decir es que, como usted y yo íbamos a tener otras oportunidades de vernos…

—Pero si la he entendido.

En ese momento la copa que el camarero acababa de traer quedó llena de espumoso líquido. Riker la cogió para ofrecérsela a Dielle, pero la dejó enseguida porque no quiso poner de relieve cuánto temblaba su pulso.

Tampoco esto pasó inadvertido para Bill. Y por el hecho de percibir la alteración del otro, y antojársele revestida de rasgos grotescos, se sintió inclinado de nuevo a la actitud huraña, agresiva.

Era cierto, por tanto, que aquella clase de mujeres lo exasperaban. Veía a Riker, un individuo tan experimentado en negocios de la gravedad como el que aquella noche, en torno a aquella misma mesa habían concertado, sin que uno y otro, en ningún instante perdieran la sonrisa, ahora quedaba de pronto cortado, convertido en un grotesco muñeco. Simplemente porque aquella coqueta se había dignado dirigirle la palabra, adoptando

actitudes estudiadas, de refinada perversidad.

«Recuerde el puñetazo en la mandíbula, Riker», estuvo a punto de decir Bill.

Pero permaneció callado, rayando con una uña el mantel. La joven levantó la copa y Riker la imitó.

Bill hizo como que no se daba cuenta. Era lo peor que podía hacer si quería desprenderse de la atención de aquella inquietante mujer.

Su hostil frialdad pareció al principio desconcertarla. Pero enseguida reaccionó.

—¿Cómo ha dicho que se llama su amigo, Riker? —se lo preguntaba a Riker, pero miraba a Bill.

—«Charlie» —contestó Bill, cruzándose de brazos y haciendo que su mirada resbalara por el rostro de la bella, y por la garganta, hasta centrarse en el pecho.

Ella no se turbó. Sostuvo la mirada de Bill. Algo iba a responder, algo humorístico que ya anunciaban sus carnosos labios, a punto de soltar la risa, cuando se acercó el camarero.

—Al teléfono, señor Riker.

—¿Quién me llama?

—Lo ignoro, señor.

Riker miró a la muchacha y a Bill.

—Perdonen.

—Vaya tranquilo. Quedo con «su amigo» —dijo Dielle, a punto de romper a reír.

Bill permaneció impasible hasta que Riker se alejó unos pasos. Entonces la miró, burlón, por la forma que ella había recalcado «su amigo».

—¿No me saca a bailar? —preguntó ella, después de un silencio.

—No —contestó Bill.

Fue como si verdaderamente la golpeara en la barbilla. Por unos segundos ella pareció aturdida.

—No parece que mi presencia le sea grata.

—A cualquier hombre puede serle algo más que grata. Es usted muy bonita… por si le era necesario oírlo una vez más.

Siguió un breve silencio. Ella miraba ahora al centro de la mesa.

—¿Ha meditado si le conviene ser agresivo conmigo? —preguntó, con voz oscura.

Bill clavó la mirada en la garganta de Dielle.

—No dramatice. Yo no puedo ser «agresivo» habiendo tantos testigos molestos.

—No le entiendo.

—¿De veras no me entiende?

—Le he invitado a bailar.

—Y yo he rehusado.

—¿Le ha prevenido Riker contra mí?

—En cierto modo, sí… Aunque no era necesario.

—¿Qué ha dicho de mí?

—Oh. Nada que pueda ofenderla… Simplemente que sabe defenderse.

De nuevo ella echó la cabeza hacia atrás, desnuda la bella garganta, los ojos de acero entornados, fijos en los de Bill.

—Quizá no quiera «defenderme»… contra su agresividad, «Charlie»… Nuestro «amigo» no va a tardar en regresar. Permítame una pregunta: ¿Confía usted en él?



—Quizá no quiera defenderme contra su agresividad.

—Tanto como pueda confiar en usted.

Los ojos grises centellearon. Pero no cambió de postura.

—Tal vez se arrepienta de haber renunciado a bailar conmigo.

Bill volvió la cabeza.

—Ahí viene «nuestro amigo» —dijo con marcado retintín.

Riker llegaba furioso.

—Debemos vernos, *coronel Kress* —dijo precipitadamente Dielle.

Un proyectil de mortero que de pronto cayera sobre el centro de la mesa no hubiera provocado un encogimiento de músculos tan rápido, un estado de alarma tan manifiesto.

Pero al advertir que Dielle hacía un gesto de triunfo, Bill volvió a la expresión de sorna.

—¿Qué le ocurre, Riker? —preguntó.

Éste, a medida que se acercaba a la mesa, había ido fijándose en los súbitos cambios que se producían en Bill.

—Eso iba a preguntar: ¿Qué les ocurre a ustedes?

Dielle salió al paso, rompiendo a reír.

—Oh. Su amigo «Charlie» se ha molestado porque he rehusado a salir a bailar… ¿Y a usted, qué le sucede? ¿Una mala noticia?

—¡Qué mala noticia ni qué demonios! ¡No llamaba nadie! Por lo menos, nadie me ha contestado.

—Quizá haya sido una treta —apuntó Bill.

—¿De quién? —preguntó Dielle.

—De usted misma.

No estaba prevenida para este disparo, y ahora fue ella la que acusó la sorpresa en un movimiento de hombros, incluso enderezándose en el asiento.

—¿Yo?… ¿Por qué tenía que separar a Riker de esta mesa?

Riker se sentó mirando a los dos con la misma intriga.

—Eso mismo. ¿Por qué, «Charlie»? —inquirió sordamente.

Bill se echó a reír.

—No pretenda hacerme creer que desconoce que las mujeres disponen de una desconcertante intuición… Aquí la señorita ha podido presentir en mí a un «pequeño enemigo» de su forma de ser, y ha querido castigarme, incitándome a que la invitara a bailar, para rechazarme.

Riker soltó una carcajada.

—¡Oh, sí!… ¡Lo creo, Dielle! ¡Usted es capaz de hacer eso…!

Ella hacía esfuerzos por que su rostro no acusara la irritación que sentía en aquel momento. Miraba a Bill sin poder contener su ira. Nadie mejor que ella podía saber cuánta burla había en lo que Bill acababa de exponer.

—Regreso a mi mesa —y se puso de pie.

—¡De ningún modo, Dielle! —protestó Riker.

—He salido esta noche por puro compromiso… Estoy muy cansada y mis viejos amigos también.

Riker no podía hacer otra cosa que acompañarla hasta su mesa. Pero ni siquiera eso aceptó ella.

Se despidió, mirando de pasada a Bill y empezó a alejarse con paso seguro y lleno de prestancia. De todas las mesas volvían la cabeza para contemplarla.

—¡Desesperante!… ¿No cree, «Charlie»?

Pero Bill había visto morir a muchos hombres, descuartizados, pulverizados como por arte de magia. En infinidad de ocasiones había visto su paso cortado por barreras de proyectiles y ello no había impedido que él siguiera adelante, inmutable.

—Desesperante… ¿Por qué? —murmuró Bill.

—¡No vaya ahora a disimular!… ¡Esa mujer le ha golpeado en los ojos!… ¡No había más que verle la cara, cuando yo venía…!

Ahora Bill se reprochaba haber manifestado asombro cuando ella declaró su personalidad. ¿Qué importancia tenía eso? Aquella misma mañana ya tuvo un encuentro con otro que lo conocía, el excabo Dick.

Riker seguía mirando a la joven. Y cuando ella estuvo sentada a la mesa, continuó mirándola.

Bill, por el contrario, ni una sola vez había vuelto la cabeza para tratar de ver a la desconcertante belleza. Pero sentía su imagen como trazada con fuego en su mente.

—Le envidio —dijo de pronto Riker.

—¿Me envidia? ¿Por qué?

—Por su frialdad… He de reconocer que no he creído cuánto ha dicho Dielle. Estoy seguro de que ha sido usted quien le ha hecho el desaire… No hace más que mirar aquí, y usted ni siquiera ha vuelto la cabeza una sola vez. Me hubiera gustado enfrentarlos en distintas ocasiones. Hombres como usted le hacen falta a Dielle.

—No me busque complicaciones —replicó Bill, riendo—. Bastante tengo con las dificultades que me esperan para llevar a buen fin nuestro negocio. Y ya que hemos de salir mañana…

—Usted solo. Yo tengo tiempo. Puedo ir por vía aérea.

Bill lo miró fijamente.

—Es un riesgo innecesario. Las noticias que se reciben de Laos

son cada vez más caóticas. De un momento a otro pueden suspenderse los vuelos aéreos.

—No pase cuidado, «Charlie». El día fijado estaré en el sitio convenido —contestó, con entonación ausente, mientras su mirada permanecía fija en la mesa que ocupaba Dielle.

De pronto reaccionó y mirando a Bill, buscándole las pupilas, agregó:

—Tengo tanto interés como pueda tener usted, por *llegar a tiempo.*

Pudo entonces producirse entre los dos un silencio peligroso. Pero en aquel momento Riker advirtió que Dielle y sus acompañantes salían de la sala.

Su semblante se demudó y aumentó el brillo de sus ojos.

—¡Qué mujer…!

Su voz sonó ronca y sus manos fuertes, bien cuidadas, se encogieron sobre el mantel, en actitud de zarpa.

Bill rompió a reír.

—Lo veo a usted mal, Riker. Le recomiendo el puño…

Riker siguió mirando a la puerta de salida. Dielle y sus acompañantes ya habían desaparecido.

—Quizá no sea necesario cerrar el puño para golpearla… ¡Creo que ya sé cómo vencerla…!

Y ahora su voz ya no sonó oscura, sino alegre, pero con una alegría que contenía un fondo amenazador.

Bill se daba cuenta de la facilidad y forma arrolladora con que aquella mujer había asomado y desaparecido del club, constituyendo el centro de atención de todos.

Poco a poco Bill fue llegando al convencimiento de que Dielle y Riker no habían obrado de acuerdo aquella noche. En aquellos momentos dentro de Riker se estaba desarrollando una tempestad. ¿Qué partido podría sacar Bill de aquella inesperada situación?

Lo que tuviera que hacer debía efectuarlo en muy poco tiempo. A primeras horas de la mañana debía abandonar Bangkok.

Había momentos en que parecía atraerle la idea de aparecer aquella noche en el hotel de Dielle. Pero enseguida surgía la sospecha de que ella fuese un agente del enemigo y tuviera por misión cortar el viaje de Bill, para enzarzarlo con Riker, en una estúpida rivalidad.

Bill creyó de pronto ver claro y rompió a reír.

—Bueno, Riker. Creo que debemos marcharnos.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó, como si de súbito reparara en que no se encontraba solo.

—Me queda aún mucho que hacer. Desde luego ésta es la última vez que nos vemos hasta la fecha y sitio fijados.

—¿Qué medios va a utilizar para salir de Bangkok? —preguntó Riker, con expresión inocente.

—No lo sé todavía. Lo que sí puedo asegurarle es que no me retrasaré en acudir a la cita.

Riker lo miró a la cara.

—En eso confío, «Charlie». Yo tampoco faltaré.

—¿Se queda aquí?

Riker asintió. Bill le tendió la mano. Durante unos segundos ambos sostuvieron la mirada fija, como escrutándose.

—¡Suerte! —dijo Bill.

—¿A qué se refiere? ¿A Dielle?

—Me refería a lo que vale la pena, Riker: a nuestro negocio.

Riker enrojeció, contrayendo el rostro.

—Sí, claro.

Al salir del club, Bill marchó directo al hotel.

Al poco tuvo la impresión de que lo seguían. Se detuvo, y la diminuta figura de un oriental desapareció en una callejuela.

A los pocos pasos, de nuevo tuvo la sensación de que lo seguían. Pero en vez de mirar atrás, cambió de acera, y aceleró el paso.

Minutos más tarde entraba en el hotel. Tenía prisa. Un choque en aquella población debía rehuirlo a toda costa.

Cualquier incidente podía dar motivo a que interviniera la Policía, cosa que Bill debía evitar, en beneficio de su misión.

En la habitación contigua a la de Bill dormía Dick. La puerta de paso estaba abierta.

—¡Dick!… ¡Arriba…!

Despertó dando un salto.

—¡Coronel…!

—¡Cuernos!… ¡Vamos…!

Los ojos de Dick perdieron la turbiedad del sueño para adquirir expresión de alarma.

—¿Ocurre algo, Bill?

—¡Que nos vamos!

—¿Es que ya amanece?

—No… Pero es necesario salir de la ciudad cuanto antes.

—¿En huida? —preguntó Dick, ya vistiéndose.

Bill permaneció pensativo. Enseguida, sonriendo humorístico, respondió:

—Algo parecido…

CAPÍTULO IV

Dick asomó en lo alto del cerro y desde allí hizo señas a Bill para que subiera.

Bill cerró apresuradamente el estuche de cuero dentro del cual tenía la pequeña emisora, lo metió en un agujero de la roca, que cubrió con una mata y echó ladera arriba.

Antes de llegar a la cima Bill se volvió. El sol ya había ensanchado el horizonte, despejándolo de brumas. Las vastas manchas furiosamente verdes de la selva parecían un potente río difícilmente encajonado por las cordilleras.

Cuando Bill llegó al lado de Dick éste le pasó los prismáticos con que había estado observando. Al mismo tiempo señaló con un dedo hacia un punto donde la selva se esclarecía y trepaba por una empinada ladera.

—¿No será aquella choza, Bill?

Ya la había enfocado con los prismáticos cuando lo interrogó Dick. Apenas mirar dijo:

—¡Hemos dado con lo que buscábamos, Dick!

Era quizá la única choza que tenía tejado de hojalata ondulada. Cuantas habían visto hasta entonces estaban techadas con tablas u hojas de palma.

Bill sacó un mapa y lo consultó.

—No cabe duda. Es la que buscamos —dijo, lanzando un respiro.

Desde el día anterior iban a la localización de aquella choza. Ya habían cruzado varios poblados laosianos, cuyos habitantes los habían acogido con una frialdad llena de recelo.

Laos estaba siendo azotado por el vendaval. Dos hombres blancos, con indumentaria de explorar, abultada mochila a la espalda y fusil ametrallador enfilado al hombro, no era un espectáculo extraño para los laosianos.

Precisamente porque constituían un espectáculo habitual recelaban. Dejaban de lado que aquellos dos hombres, Bill y Dick, fuesen exploradores. Su indumentaria no los engañaba.

Este recelo y duda ya los suponían Bill y su amigo. Pero lo que les interesaba era mantenerlos en la duda de su, verdadera condición. Podían ser desertores de cualquier ejército donde se admitían mercenarios. Era un hecho que se producía todos los días. Las selvas del norte lindantes con el
Yun-Nan,
eran un manto que cubrían las más diversas trayectorias y actividades.

Allí estaban las misteriosas rutas de contrabando. Armas, medicamentos, víveres, gasolina, eran transportados en silenciosas caravanas por hileras interminables de porteadores indígenas, con sus abultados paquetes echados a la espalda, o colgando de perchas de bambú llevadas a hombros por dos peones.

Éstas eran las mercancías que subían del sur, por la puerta abierta al mar.

Estas mercancías tenían la mayor parte de las veces protección oficial. De otra forma hubiera sido imposible cruzar el territorio de sur a norte, del reino de los thai.

Pero esa protección se terminaba al rebasar la última estación del ferrocarril. Entonces era cuando se destapaban las verdaderas intenciones de cada jugador.

Mercancías que desde su punto de partida habían viajado consignadas a los nacionalistas chinos en Birmania, en plena selva cambiaban el rumbo e iban al Vietmin.

De las altas montañas bajaban cargas de cabezas de adormidera verdes para tomar la ruta del sur, coger la puerta del mar y esparcirse sobre Occidente en el jugo moreno y amargo del opio; el blanquecino precipitado de la morfina; en la infinita gama de narcóticos a que un mundo de hastiados recurría para alumbrar con chispazos la oscuridad trágica en que se hallaba sumido.

Diríase que era la revancha que Oriente tomaba de Occidente, por haber estado sirviendo de tablero a toda clase de jugadas del «diablo blanco».

—¡La choza de Nam Kun! —dijo Bill, después de observarla otra vez con los prismáticos.

Nam Kun era el enlace con las partidas encaramadas en las altas cordilleras.

—¿Buen sujeto? —preguntó Dick.

—Mis informes aseguran que es uno de los que mejor conocen la selva. De cualquier hoja doblada o rumor, por leve que sea, saca una pista…

—¡Eso también lo haces tú, Bill! ¿Qué demonios te admira?

—Nam Kun remeda las voces de todas las aves, el aullido del gibón…

Dick hizo un gesto de impaciencia.

—¡También tú…!

Bill siguió, como si no hubiese habido interrupciones.

—Posee algo tan valioso como es trazar rutas libres de toda vigilancia. Según mis informes, Nam Kun ha negociado con todos. Pero parece ser que los principales servicios los ha prestado a las partidas rebeldes.

—¡Ya me lo imaginaba! —rezongó Dick—. Habrá que andar con cuidado.

—Sólo así, estando a bien con todos se explica que pueda subsistir en esta zona.

Volvió a dirigir los prismáticos a la puerta de la barraca. Estaba cerrada.

A unos diez metros de la puerta se veía una gigantesca escultura de madera, restos de una tumba de algún jefe.

Bill ya no tenía dudas de que era la vivienda que buscaba, pero la puerta cerrada había despertado en él un angustioso temor.

—¡Si ese maldito se hubiese marchado para una de sus correrías…!

Dick lo miró inquieto.

—¿Todo fallaría?

—Tendríamos que aguardar su regreso. Y ésa sería una espera que no nos podríamos permitir. Riker acudiría al sitio y creería que lo había engañado.

Había más motivos que Bill no podía declarar a Dick.

—No es culpa nuestra si ese tipo se ha marchado —dijo Dick—. Más perderíamos nosotros, si el negocio se estropeara —se expresaba como sintiéndose socio de Bill, y no su ayudante.

—Algo más que las ganancias se las llevaría el diablo —contestó

Bill, sonriendo, para disimular su preocupación.

A Bill le sería muy difícil justificar aquel retraso a Riker. Se había presentado como «Charlie». No hacía mucho el individuo que respondía a ese nombre existía aún.

—Vamos a acercarnos —manifestó Bill, ya muy próximos a la choza.

—¿Los dos? —preguntó Dick, extrañado.

—¿Por qué no?

—Está eso muy solitario. ¿No habrá que temer una encerrona?

Bill sonrió, en burla a sí mismo. Preocupado porque Nam Kun se encontrase en su choza había dejado de pensar en los demás riesgos.

Y hasta entonces su única inquietud había sido sortear la trampa que pudiera aguardarles a cada paso.

Bill tenía motivos para desconfiar. No ya porque se hallasen en zona infestada de rebeldes, la mayor parte de ellos disfrazados de pacíficos campesinos.

Su desconfianza arrancaba de Bangkok. Jud Riker recelaba.

—Dices bien, Dick. Puede haber una encerrona. Nos acercaremos a la choza distanciados uno del otro.

Los dos mantuvieron dispuesto el pequeño fusil ametrallador.

—Aquí hay algo que no acabo de comprender —dijo de pronto Dick.

—¿Qué es ello?

—¿Cómo nosotros dos solos vamos a poder efectuar un negocio de tanta envergadura?

—Nunca te he dicho que vayamos a realizarlo solos.

—¿Dónde está la demás gente?

—Acudirá a su debido tiempo.

Dick lo miró creyendo que bromeaba.

—Sí. Tocarás el silbato y se descolgará de los árboles.

—Puede que sea así —contestó Bill.

—Si son indígenas… vamos a confiarnos por estas selvas transportando un tesoro. ¡Ahí es nada! Y yo no doy un centavo por la buena voluntad de un nativo. A las primeras de cambio nos apuñalarán.

Bill sonrió. A punto estuvo de confiarle la verdad. Pero recordó a tiempo que Dick se consideraba un desertor.

—Quizá no sean nativos los que nos acompañen —apuntó Bill.

—¿No? ¿Quiénes, pues?

—Gente como nosotros… Quiero decir, «desertores» o individuos que no están muy en armonía con la Ley del respectivo país.

—Hum… ¿Cómo te fías de ellos, Bill? —lo decía verdaderamente alarmado.

—¿Cómo me he fiado de ti, y tú de mí?

Dick se rascó la cabeza. Bill tenía razón, lo reconocía. A pesar de todo, algo todavía inconcreto latía en el fondo de la conciencia de Dick, que no lo dejaba en paz. Bill creyó adivinar lo que le sucedía.

—¿Te molestan los «desertores»?

—No es eso.

A muy pocos metros se hallaba la choza, a espaldas de la cual irrumpía la maraña de selva.

La gigantesca estatua de madera podrida destacaba sobre el fondo verde.

—Colócate allá —indicó Bill, con voz baja.

Los dos se habían situado tras una enorme piedra que les cubría. Bill echó a correr en dirección a la choza. Al llegar a la puerta se detuvo para escuchar.

Nada advirtió. Empujó la puerta, que cedió enseguida.

Un olor fuerte, muy significativo, le hizo dar un paso atrás.

Esperó unos momentos para que la habitación se ventilara. Cuando entró, vio en un rincón de la choza a un indígena tendido sobre un lecho de palma. A su lado, un costoso narguilé, todavía caliente.

La atmósfera se hallaba tan cargada de humo de opio, que Bill tuvo que retroceder de nuevo para dejar la puerta abierta de par en par.

Antes de salir se inclinó sobre el hombre tendido y lo halló totalmente poseído por el narcótico.

En una de las paredes de tablas, colgando de un clavo, había un cinto con una pistola. En el suelo un par de botas claveteadas, de tipo militar.

También en el suelo una camisa y unos pantalones del mismo color.

El indígena se hallaba completamente desnudo. No parecía joven. O quizá lo avejentaba algún tormentoso sueño provocado por

la droga.

Bill lo miró descorazonado. ¿Sería ese hombre Nam Kun? No podía sorprenderle encontrar a un nativo aficionado a la droga. Especialmente en aquella zona próxima a las plantaciones de la adormidera.

El opio era ávidamente consumido por hombres y mujeres en cualquier aldea. Abundaban los individuos que cada dos o tres horas interrumpían lo que estaban haciendo para sacar su pipa y fumar su ración de opio, sin lo cual languidecían.

Pese a ello Bill consideró un grave contratiempo que Nam Kun fuese uno de estos individuos. No ignoraba que la mayoría de ellos ya estaban intoxicados, que la única forma de que sus actividades físicas e intelectuales dieran rendimiento era que no les faltase el narcótico.

Desenfundó la pistola que había en el cinto y la examinó. La dejó en su sitio y salió.

Junto a la grotesca estatua vio a Dick, acechando a la selva. En su actitud advirtió una verdadera alarma.

Dick adivinó que Bill lo estaba mirando y sin volverse, con una mano le indicó que se acercara con todo sigilo.

Bill se inclinó, buscando el amparo de unas matas y fue al lado del compañero.

—Hay gente espiándonos…

—¿Figuraciones?

—No. Tengo la seguridad.

Dick iba a señalar con una mano la vegetación dentro de la cual creía a los espías, cuando Bill lo agarró del brazo.

—¡Quieto! Nos están mirando.

En la espesura acababa de sorprender un rostro encarado a ellos.

—Quédate aquí y no dejes que nadie se acerque a la choza —dijo Bill, tras unos momentos de vacilación—. No permitas que el individuo que hay ahí, si despierta… ¡Pero qué va a despertar! Antes estaré de vuelta.

Se internó en la espesura tomando una dirección distinta al sitio en que había visto el rostro y un temblor de hojas. Apenas anduvo unos pasos, torció bruscamente, echando a correr.

Con elásticos movimientos fue salvando las barreras que las lianas formaban al anudar sus cordajes a las palmeras y matas.

Se detuvo unos segundos. Irguiendo el cuerpo miró por encima de la espesa alfombra que formaban unas matas de pequeña altura.

Advirtió de pronto un leve estremecimiento de hojas, alejándose.

En vez de reanudar la marcha en esa dirección, torció a su izquierda. Bill avanzaba mucho más deprisa con el propósito de salirle al paso.

Pero se dio cuenta de que esta maniobra fue adivinada por quién huía. Optó por marchar directamente a la zaga.

Cada vez se internaba más. Bill no veía a su perseguido o perseguidos. Se orientaba por el movimiento de hojas.

Pensó que si eran más de uno, muy bien podían haberse quedado ocultos en el trayecto, dejando a uno como señuelo, y en un momento dado cercarle.

Esto le indujo, al llegar a un claro, a mantener dispuesto su fusil ametrallador. Al internarse de nuevo en la espesura, creyó advertir en su mejilla izquierda un leve roce.

Instantáneamente, en el árbol que tenía delante quedó clavada una blanca y delgadísima flecha.

Bill se inclinó y con el pequeño fusil apoyado en la cadera, soltó una rociada de balas, girando de izquierda a derecha.

Se oyó un gemido y el crujir de varias ramas. En el verde fondo, a ras del suelo destacó un ropaje blanco.

Bill iba a dirigirse allí, pero antes miró a su alrededor. Entonces, a su derecha, vio un temblor de ramas.

Salió al claro y de allí fue al punto que le intrigaba. Y vio que frente a él, tratando de abrirse paso por entre el espeso ramaje, avanzaba una muchacha indígena. Sus ojos, levemente oblicuos, intensamente negros, quedaron fijos en los de Bill.

Llevaba una chaquetilla, con aplicaciones de lana de color y multitud de granos blancos. La falda, de un tejido de complicados dibujos y vivos colores. Una tela se anudaba en torno a su cabeza, ocultándole casi por completo los cabellos.

Bill la cogió de una muñeca y la obligó a salir a la zona despejada, siempre atento con el fusil ametrallador a cualquier sorpresa que pudiera irrumpir de la espesura.

Cruzaron el claro, yendo directos adonde vio el ropaje blanco. Al llegar allí fue cuando la muchacha pareció despertar. En un movimiento brusco se soltó, para echarse sobre el ropaje blanco.

En el suelo había un chiquillo, con un brazo y un hombro heridos. La joven, tras mirarlo unos momentos se abrazó a él, prorrumpiendo en frases desesperadas.

Bill reconoció el lenguaje que empleaba. Sin esto también hubiera podido definir al grupo racial o de tribu a que pertenecían.

Le bastaba con la indumentaria de uno de los dos. El chiquillo vestía ancho pantalón de tela blanca, chaquetilla oscura, de manga corta, y una larga tela blanca en la cabeza, a modo de turbante.

Pertenecían a la tribu de los *karen* blancos. Cerca de donde yacía el muchacho se veían la ballesta y la aljaba de bambú llena de diminutas flechas.

Eso hizo sonreír a Bill. Debía la vida a la mala puntería del muchacho, sobre todo al apego que sentía por el arma tradicional de su tribu.

En aquellos momentos los *karen* podían ser uno de los grupos mejor armados. Se hallaban precisamente en una zona donde el contrabando de armas se había efectuado en gran escala.

—¿Quién más iba con vosotros? —preguntó en *karen*.

Respondió la joven, sin levantar la cabeza.

—Nadie… Éste es mi hermano…

Sin embargo, Bill había creído desde el primer momento que era su marido. La muchacha llevaba el ropaje tradicional de la mujer casada. Entre los *karen*, las viudas y las doncellas llevaban vestidos largos, una especie de túnicas.

—¿Y tu marido?

La joven levantó al fin la cabeza. Y señalando con una mano:

—Allí.

Indicaba en la dirección en que quedaba la choza. Bill, casi sin pensarlo, preguntó:

—¿Es Nam Kun?

—Si lo sabes, ¿por qué lo preguntas?

Bill estuvo a punto de gritar de alegría. Se puso a examinar las heridas del muchacho. Ella intentó oponerse, abrazándose al herido.

—No temas. No voy a hacerle daño —dijo Bill.

Con la tela del turbante le vendó las heridas. Por suerte, sólo eran mordiscos que no interesaban las articulaciones.

—Vamos allá. Cerca de la choza tengo algo con que curarte —dijo ayudándole a incorporarse.

Tanto la muchacha como su hermano no acogieron con agrado regresar a la choza.

—¿Qué teméis?

—Nam Kun nos castigará —murmuró la joven.

Bill la miró conmiserativo. Aquella hermosa criatura pronto quedaría convertida en uno de aquellos tipos grises, mustios, con quienes tantas veces se había cruzado en aquellos parajes. Imaginó a la delicada muñeca bajo aquel clima voraz y en poder de un individuo como Nam Kun.

—Tu marido duerme.

Ella pareció no haber oído.

—Dormir tan… «profundamente», ¿le ocurre muy a menudo? —Siguió Bill.

—«Duerme» siempre —contestó ella—. Pero tan «profundamente», cuando espera «visita» y ésta se retrasa… ¿Nam Kun te esperaba?

—Sí.

—Has tardado mucho… A Nam Kun no le gusta esperar. Y cuando se enfada, me castiga a mí y a mi hermano.

—Lo siento. No ha sido culpa mía el no llegar más pronto.

En la vieja tumba aguardaba Dick. Bill hizo que el herido se sentara en el suelo, a los pies precisamente de la monstruosa estatua y mandó a su compañero que sacara utensilios de cura.

Bill, mientras, fue a dar un vistazo a la choza. Nam Kun continuaba dormido. Al salir de la barraca se encontró con los ojos intensamente negros y brillantes de la joven esposa, mirándole interrogativos.

—Sigue durmiendo.

Y procedió a la cura del muchacho.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Bill, para distraerlo.

—Tsin Hu.

—¿Y tu hermana?

—Nay.

—¿Para qué diablos os habéis venido a vivir al valle?

—Nay debía seguir a su marido… Y Tsin Hu debía seguir a Nay.

Bill se dio cuenta que la muchacha se había arrodillado a su lado y que le estaba ayudando. Antes de que él fuera a pedir la cosa ella ya se la estaba ofreciendo.

—Pareces práctica en estos menesteres —comentó Bill.

Nada tenía de particular. Los *karen* eran belicosos y desde tiempo sus problemas de tribu los estaban resolviendo por procedimientos de violencia.

—Hace tiempo, cuando la guerra con los franceses… estuve ayudando a una enfermera norteamericana —dijo Nay, expresándose en inglés.

En esa guerra, en la liquidación de Indochina, estuvieron Bill y Dick. Los dos se quedaron mirándola como a un antiguo camarada.

—Tú serías entonces muy niña —dijo Bill.

—Sí. Yo y Tsin Hu éramos muy pequeños. La enfermera… Se llamaba Joyce… Nos prometió que cuando regresase a su país, nos llevaría con ella. Nos quería…

—¿Y no cumplió su promesa?

—No pudo… Cayó en una emboscada…

Bill pensó cuán distinto hubiera sido el destino de aquellos dos muchachos, si la enfermera hubiera tenido oportunidad de cumplir su promesa.

—Si te hubieras ido… —empezó Bill, dirigiéndose a la muchacha.

El hermano se adelantó, intuyendo lo que iba a decir:

—Nay no hubiera tenido necesidad de conocer a Nam Kun —profirió en inglés.

—¿Es malo Nam Kun?

Ninguno de los dos contestó.

Dick se había ido a la choza. Volvió apresuradamente para anunciar que el hombre que había dentro estaba despertando.

Cuando Bill asomó vio al individuo sentado, mirando en dirección a la puerta.

—Soy «Charlie» —dijo Bill, entrando con aire indiferente.

Una luna ancha y redonda parecía apresada por los gruesos barrotes de las cañas de bambú. Una luna amarilla y con pómulos salientes, que tenía un aire mongol.

Bill sacudió su pipa y la cargó de nuevo. Miró al valle, donde la curva del río acababa de surgir con brillo de plata.

Allí era donde la «transacción» debía efectuarse. Al amanecer del día siguiente, Jud Riker, encabezando la columna de porteadores, debía presentarse en la orilla este.

Bill, en la orilla opuesta.

Todo dependía de las noticias que ahora trajese Nam Kun.

Lo vio aparecer de pronto entre dos cerros, fuertemente recortados en la clara noche.

Ya en el trayecto desde la choza había tenido Bill ocasión de admirar la elasticidad de aquel hombre, completamente pasado por el narcótico. Ahora lo veía deslizarse por la abrupta ladera sin que pareciese tocar el suelo.

Bill no se movió del sitio, a pesar de que la ansiedad le empujaba a salir al encuentro del laosiano. Dejó que éste estuviese a un paso.

—¿Qué hay? —preguntó, procurando un tono natural.

El otro tardó en contestar.

—No he podido ultimar nada… Tua Cha se niega a tratar el asunto, si no te ve antes.

—Con mucho gusto —dijo Bill—. Ya te dije la conveniencia de presentarme contigo. Eso hubiéramos adelantado.

Era verdad que Bill tuvo interés desde un principio por presentarse en la madriguera de Tua Cha, el jefe de la partida de guerrilleros que controlaban aquel sector.

Pero Nam Kun se opuso, quizá por evitar que un día aquellos clientes pudieran entenderse de una manera directa.

—No te alegres… No es bueno que Tua Cha quiera verte… precisamente hoy.

—¿Por qué?

—Ha tenido un encuentro con un grupo, donde iban unos blancos, y no le ha salido bien.

Tal como se encontraba el opiómano, la luna lo cogía de flanco. Sólo media cara aparecía alumbrada, con palidez de muerto. Pero los dos ojos brillaban con la misma intensidad.

A duras penas pudo Bill disimular el mal efecto que la noticia le produjo.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Tua Cha quiere saber, antes de efectuar ningún trato, si la desgracia que hoy ha sufrido su gente se debe a tú presencia. Quiere que asistas a un juicio de Dios.

—¿Esas tenemos? Creí que Tua Cha era un jefe inteligente. ¡Cómo diablos va a ganar los encuentros, trabado por esas

supersticiones!… ¡Llévame a su presencia!

Tua Cha se encontraba más cerca de lo que Bill suponía. Apenas llegaron a la cima, de detrás de una roca surgió una figura delgada y alta, con la cabeza desnuda. A la pálida luz pudo Bill ver un rostro enjuto, de llameantes ojos y pómulos puntiagudos.

Después del ceremonioso saludo, Bill quiso entrar en materia.

—Todavía no —le atajó el guerrillero asiático.

Bill iba a insistir cuando advirtió que de detrás de muchas rocas surgían hombres, seguramente armados.

Su primera reacción fue dirigirse al opiómano.

—¿Qué significa esto, Nam Kun?

Nadie contestó. Esto hizo que Bill se sintiera todavía más irritado.

—Atiende, Tua Cha —dijo, con voz enérgica—. Hace semanas que tengo este asunto entre manos. Existe una importante partida de armas que en estas circunstancias no tiene precio. Esa operación la hubiera podido efectuar sin salir de Bangkok… Sin embargo he preferido venir hasta aquí, porque te di palabra de que vendría y porque tu lucha me inspira simpatías.

Hizo una pausa, para controlar su cólera que por momentos se le estaba apoderando.

—No quiero ocultar que en parte me has decepcionado. ¿Con qué fin quieres averiguar si mi presencia es de mal agüero? Lo único que debes mirar es que vengo a poner en tus manos un potente arsenal de material modernísimo. Eso es lo que te permitirá ganar los encuentros con los blancos y con los de tu raza que luchen en contra tuya…

Se calló, permaneciendo a la espera de que el guerrillero hablara. Éste seguía impasible, inmóvil, como el tronco de un árbol seco surgido entre las rocas.

—¿Qué contestas, Tua Cha? —pidió Bill.

—La respuesta la dará el Espíritu del Cielo y de la Tierra —murmuró, como en un rezo, el cabecilla.

Bill apretó las mandíbulas. Veía que le ocurría lo peor que podía sucederle: tratar con un fanático.

—Como quieras —dijo, resignado.

En silencio echaron a andar. Nam Kun y el guerrillero marchaban en cabeza. Intencionadamente Bill había dejado el fusil

ametrallador en la choza.

El opiómano, un poco más bajo que el cabecilla, se pegaba de vez en cuando a Tua Cha, para murmurarle algo al oído.

Llegaron a una meseta, en una de cuyas vertientes destacaba un grupo de rocas. En distintos puntos veíanse individuos armados, en actitud de vigías.

Bill fue invitado a entrar en una de las chozas.

Dentro había encendida una pequeña hoguera, en torno a la cual se sentaron Tua Cha, Nam Kun y, a una indicación del guerrillero, Bill.

A la luz de la llama pudo examinar el rostro del cabecilla. Sus ojos oblicuos se clavaban en el fuego, mirando obstinados. De su frente abombada arrancaba una nariz de aguilucho. El largo cabello, recogido en un moño, le caía sobre la espalda. Un gran collar de plata rodeaba su garganta.

Permanecía de rodillas. Su ropaje oscuro hacía qué su figura pareciese más esmirriada. En un momento que inclinó la cabeza Bill advirtió una profunda cicatriz cerca del moño.

La ceremonia había empezado. Tua Cha, con las manos levantadas, invocaba al espíritu de la Tierra, el cual se manifestaba a los hombres por medio del fuego.

Luego cogió unos delgados palitos de bambú; los pasó varias veces por las llamas; los levantó al cielo. Después tocó con ellos la cabeza de Bill. Éste soportó en silencio.

Bill había terminado por adoptar una actitud humorística. Pensaba en el verdadero «Charlie». En el vehemente, impetuoso «Charlie». Si el juicio resultaba desfavorable, ¿qué hubiera hecho en su lugar?

Tua Cha, con la larga y afilada uña del pulgar derecho había ido quebrando los palitos de bambú. Luego los dobló, colocándolos en montón.

Era la operación decisiva. Bill sabía que los cantos doblados, según su posición o la dirección que señalasen, darían la respuesta del espíritu.

Tua Cha levantó por fin la cabeza. Sus llameantes ojos se posaron en los de Bill. Pero en realidad parecían mirar más lejos.

Pese a su humorismo, Bill se sintió poseído de viva ansiedad. Miraba la abombada frente y veía que las profundas arrugas que en

el primer momento de reflexión habían aparecido, se iban desvaneciendo.

—¿Qué me anuncias? —se decidió a preguntar.

A la derecha de Bill se encontraba el opiómano. Comparado con el cabecilla, parecía un joven pletórico de vida. Solamente en los ojos hundidos, las grandes manchas violáceas denotaban algo anormal.

Nam Kun parecía tan intrigado como Bill. Los dos miraban al cabecilla.

—El Espíritu del Cielo y la Tierra no ha dicho que tú presencia nos traiga desgracia —murmuró el jefe.

Bill soltó un respiro y no pudo reprimir un gesto de satisfacción. Nam Kun, por el contrario, parecía decepcionado.

—El Espíritu del Cielo y de la Tierra no ha dicho tampoco que tú presencia nos sea favorable —agregó el cabecilla.

—¡Vaya! —exclamó Bill—. ¿Y qué hay que hacer ahora?

—Esperar.

—¿Esperar? ¡Imposible!… Mañana a primera hora debe estar todo ultimado.

—Todo estará a punto mañana. Pero tú tendrás que esperar… con nosotros.

Bill se disponía a soltar una exclamación de cólera, cuando advirtió algo muy significativo en el opiómano. Como si acabase de ingerir una fuerte dosis de narcótico, mostraba una feroz alegría que le fulgía en los ojos.

—Me parece que voy entendiendo —dijo Bill, incisivo—. Te complace que no regrese… pronto. ¿Pero sabes, Nam Kun, lo que sucederá si mi amigo te ve aparecer solo?

Dick se había quedado con los dos hermanos. El que cayera una represalia sobre los jóvenes *karen* era lo que menos parecía preocuparle a Nam Kun. Al oír a Bill abrió una ancha risa, pero no habló.

—Tua Cha —dijo Bill, dirigiéndose al cabecilla—: Si me he arriesgado a venir aquí, despreciando otras oportunidades más favorables, es por lo que te he dicho antes: porque me inspiras simpatía y porque di mi palabra a un hombre que tenía entendido sabía cumplirla. Ese eres tú, Tua Cha…

Las arrugas ya casi extinguidas en la abombada frente,

renovaron su vigor.

—Tua Cha —dijo el cabecilla, con reposada voz— cuando se dirige a un «diablo blanco» no se siente obligado a nada.

—¿Quiere esto decir que tus manos se sienten libres para toda clase de jugadas?

—Tua Cha no juega nunca.

—Pues el «diablo blanco», sí…

El escuálido guerrero sonrió, dando a entender que conocía de sobra la «habilidad» de los blancos.

—Concretando —siguió Bill—. ¿Te interesa esa partida de armas?

—Sí.

—Haz, pues, que la cordialidad se establezca entre tú y yo. El armamento se encuentra en manos de alguien que es menos confiado que yo. Si advierte un signo sospechoso se marchará… Tua Cha no va a ser tan torpe que consienta que esas armas vayan a parar a manos de sus enemigos.

El cabecilla clavó los ojos en los restos de la pequeña hoguera.

—Esas armas, si existen, quedarán aquí.

—Tal vez no, si no cambiáis de actitud —replicó Bill.

—Tua Cha no te tratará mal… pero no te soltará por ahora.

Se levantó y con el gesto indicó a Bill que saliera primero.

Al llegar a la puerta, dos subordinados sujetaron a Bill.

De un empellón envió a los dos contra la pared de la choza. Hubo un revuelo, y se oyó el chasquido de varios cerrojos colocando la bala en la recámara.

Bill se quitó de la funda la pistola y la tiró a los pies del cabecilla.

—Ahora, como prisionero, dime qué debo hacer…

La huesuda mano del guerrillero aferró la pistola.

—¿Armado con esto querías ganar?… Te conviene quedar aquí.

—De acuerdo, Tua Cha… Pero no olvides esto: a partir de ahora, *todo* está permitido.

Dicho esto Bill se sentó junto a la hoguera, como si ahora fuera él quién se disponía a consultar el oráculo…

CAPÍTULO V

A la hora fijada, y en el punto exacto, Jud Riker apareció al frente de sus porteadores.

El grueso de la expedición quedó en la espesura. Sólo Riker, acompañado de dos occidentales, perfectamente armados, se adelantaron hasta la orilla.

Al otro lado estaban Bill, Tua Cha y Nam Kun. Asomando por entre los árboles se veían multitud de guerrilleros.

—¡Hola, Riker! ¿Todo en regla? —preguntó Bill—. Había alto… ¡El «jefe» no quiere que se le escape una sílaba! Alto y lento.

Se expresaba en inglés, intercalando algunos vocablos laosianos.

De todo el grupo, el único que parecía hallarse contento era Bill, y era el único que estaba en calidad de prisionero.

Los demás permanecían en actitud grave, recelosa. El opiómano no se apartaba del cabecilla y de vez en cuando se inclinaba para susurrarle algo al oído.

—¡Todo está a punto! —gritó Riker.

—Pues podemos empezar —contestó Bill, consultando con la mirada a Tua Cha.

Éste permanecía imperturbable, fija su ardiente mirada en los individuos de la otra orilla.

Por fin levantó una mano y de la espesura salieron dos asiáticos cargados con paquetes. Uno de ellos, sin soltar su carga, se metió en el río. A medida que avanzaba el agua iba subiendo y hubo instante en que le llegó a los hombros.

Por el otro lado dos «coolies» avanzaban en sentido contrario, cargados con una pesada caja. Llegaron a ambas orillas casi al mismo tiempo.

Inmediatamente Riker se inclinó y con un afilado cuchillo abrió el paquete. Estuvo unos momentos contemplando el contenido y por primera vez su rostro pareció dispuesto a perder la expresión

adusta.

Dio una orden y un «coolí» cogió el paquete abierto y desapareció en la espesura.

En la orilla donde se encontraba Bill, Tua Cha había procedido a abrir la caja. Una vez conseguido, un guerrillero empezó a sacar fusiles relumbrantes que rezumaban grasa. Se los pasaba a otros compañeros y éstos a su vez al jefe.

Tua Cha examinó los primeros fusiles atentamente. Abría el cerrojo, miraba el percutor, ponía el dedo en el disparador…

Uno por uno iban saliendo de la caja y todos iban a parar a sus manos. Éste los entregaba a un subordinado, quien los pasaba a un compañero, éste a otro, en una cadena que se perdía en la selva.

Aunque pasadas las primeras armas Tua Cha ya no las examinaba tan detenidamente, la operación se realizaba lenta. Bill optó por sentarse sobre una piedra, dirigiendo una mirada de sorna a Riker.

Pero éste no pareció advertirla. Miraba complacido el interés que el cabecilla amarillo demostraba por su mercancía.

Riker miraba interrogativo a Tua Cha. Éste asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Proseguimos? —preguntó Riker, dirigiendo por primera vez la palabra al cabecilla.

—Ahora munición —contestó Tua Cha.

Otra pesada caja salió de la orilla de Riker y otro paquete de cabezas de adormidera salió de la orilla de Tua Cha.

Bill permaneció sentado en una roca, separado del grupo, durante la transacción. Parecía abstraído, mientras fumaba su pipa.

De pronto advirtió que Nam Kun se le acercaba. Presentía el motivo que le empujaba a acercársele. Desde que empezó la operación, Nam Kun había dejado de pintar nada, lo mismo que Bill.

—La transacción se desarrolla admirablemente —dijo Bill.

Nam Kun, que acababa de sentarse, cambió de postura, como si estuviera incómodo.

—Tua Cha y el negociador blanco se entienden —siguió Bill—. En lo sucesivo creo que nuestros servicios van a serles innecesarios. ¿No opinas lo mismo?

El asiático continuó callado.

—Por mi parte —continuó Bill— yo me alegro, porque no pienso volver por aquí.

Nam Kun abrió su característica ancha risa, pero muda.

—Aunque quisieras volver, no podrías… El negociador blanco ha pedido a Tua Cha que te *quedes* aquí.

Bill permaneció impasible.

—Ya lo supuse, antes de venir —contestó, tranquilo—. Por eso a nadie debe extrañar que haya tomado mis medidas.

Dejó, un silencio intencionado y agregó:

—¡Preciosa carga de adormidera! Quién se haga con ella podrá considerarse el hombre más feliz de la tierra.

Nam Kun se estremecía, mirando con ojos voraces el trajinar de la valiosa mercancía.

—¿Quién se haga con ella? —inquirió el opiómano—. Ése ya la tiene en su poder.

Después de indicar con el gesto a Riker, se volvió para mirar a Bill. Se encontró con que el americano sonreía.

—Le queda todavía mucho que recorrer… En el camino puede «cansarse» y soltar la carga.

Nam Kun volvió a estremecerse. Dirigió a su alrededor una mirada impaciente. Los centinelas más próximos se encontraban en la orilla, de espaldas a ellos.

—¿Qué me prometes si consigo que Tua Cha te suelte?

—Nada. Nuestras promesas ya no pueden tener valor… Aparte de que va a ser muy escasa la ayuda que tú me puedas prestar, puesto que tu situación con Tua Cha es tan poco favorable como la mía.

Bill comprendió que había tocado en lo vivo, pues enseguida Nam Kun se levantó, frenético.

—¡Tua Cha depende todavía de mí! ¡Sin mi perderá el enlace que lo liga con los grupos del sur!

—Pues remuérdaselo, porque de todo parece acordarse menos de que tú tienes algo que ver en este negocio… Casi tanto como yo.

Y era verdad lo que acababa de manifestar Bill. Diríase que aquel torrente de armas ejercía sobre el cabecilla el efecto de una estimulante droga.

Su impasibilidad había desaparecido. Los rasgos de su rostro traslucían una furiosa embriaguez.

—¿Resistes debajo del agua? —preguntó Nam Kun, colocado de espaldas a Bill.

—Quizá no tanto como tú… pero creo que podría aguantar hasta la curva del río.

—Eso bastaría —y dio un paso hacia adelante—. Entretendré a los centinelas. Cinco pasos a tu derecha el río es profundo. No te eches hasta que yo de la señal.

No esperó siquiera a ver si Bill parecía conforme. Se alejó en dirección adónde estaban los centinelas y se puso a hablar con ellos, indicando las armas que estaban desembalando y comparándolas con los rudimentarios fusiles que llevaban los centinelas. Éstos parecían tan emocionados como su jefe.

De pronto Nam Kun sufrió un acceso de tos, y se apoyó en el brazo de uno de los guerrilleros. Se oyó un leve chapoteo.

Alguien gritó allá detrás y sonó un disparo. Y otro.

De la espesura comenzaron a salir fusiles, apuntando al río, todos del lado de Tua Cha.

Riker, mientras tanto, se había replegado con sus hombres.

Los centinelas que conversaron con Nam Kun habían echado a correr hacia el punto donde sonó la zambullida. Pero ni el más leve rizamiento se revelaba en la superficie.

Nam Kun iba con ellos y él fue quien señaló ondas muy débiles que se producían a corta distancia, en la orilla opuesta.

Los centinelas encararon sus fusiles allí y dispararon. Cuando uno de los guerrilleros se volvió, notó con estupor que Nam Kun había desaparecido.

Una enorme roca los ocultaba de la vista de los que quedaban más arriba.

Tua Cha dio orden inmediatamente de suspender el fuego. Al notar que Riker se replegaba y la barrera verde que enfrentaba con el jefe se erizaba de armas, su única preocupación fue tranquilizar al «poderoso negociador blanco».

Por todos los medios trataría de asegurarse su confianza para futuras negociaciones. El trozo de selva ocupado por el blanco parecía contener un depósito inagotable. Armas, municiones, medicamentos, arroz…

Por su parte el jefe amarillo se sentía capaz de suministrar cabezas de adormidera tantas como las más insaciables demandas

pudieran pedir.

Tua Cha puso en alto los dos brazos, en señal de paz. Avanzó, sin armas, hasta la orilla.

—¡No escaparán! —gritó—. Cuando vuelvas otra vez Tua Cha te presentará sus cabezas… Continuemos.

Riker no sólo no soltó la pistola que empuñaba su mano derecha, sino que ni siquiera se apartó del árbol que le servía de defensa.

—¡No! ¡Te advertí que era un gran jefe blanco! ¡Date prisa en cazarlo o no me verás más por aquí…!

Tua Cha iba a responder, cuando en el trozo de selva situado a sus espaldas empezaron a crepitar disparos. Corrió en aquella dirección y empezó a dar órdenes a su gente.

Cuando se volvió a mirar a la otra orilla, el «negociador blanco» y los que le acompañaban habían desaparecido.

Al llegar al cerro desde el cual el día antes Dick y Bill descubrieron la choza de Nam Kun, indicó al laosiano que se adelantara para que avisara a su compañero.

—Esto no es lo convenido —replicó Nam Kun, recelando.

—No tenemos nada convenido. Todo quedó roto anoche —dijo Bill.

Vio cómo los ojos del opiómano se encendían y cómo su mano acudía instintivamente al sitio en que debía tener la pistola.

—La tengo yo ahora —dijo Bill, rompiendo a reír.

Se la quitó apenas encontrarse. Entonces Nam Kun no protestó, tan asustado estaba por lo que había hecho contra Tua Cha.

—No seas idiota. Ve y dile a mi compañero lo que ha ocurrido. Puedes callarte tu traición de anoche. Yo nada pienso decirle —manifestó Bill, para tranquilizarlo.

Que el otro blanco supiera su defección, preocupaba poco a Nam Kun. Él, lo mismo que Tua Cha, no se sentían obligados a nada con un occidental.

Lo que lo tenía intrigado y decepcionado era la actitud de Bill.

—Lo que menos podía esperar es que quisieras regresar a la choza. El cargamento estará ya cruzando la selva…

—No te preocupes. Esa carga la alcanzaremos.

—Eso espero. Me he puesto enfrente de Tua Cha creyendo que tú querías castigar la traición de tu hermano blanco.

—¿Hermano? —le interrumpió Bill, rompiendo a reír—. No digas tonterías. Vuelve a la choza. Allí estableceremos las condiciones de nuestra nueva alianza… Ahora tengo algo que hacer aquí. Vete.

¿Algo que hacer allí? Nam Kun extendió la mirada por la abrupta ladera. No vio nada.

En silencio, el laosiano echó ladera abajo. Bill esperó a que estuviera a una distancia prudencial.

Cuando la ondulación del terreno lo ocultó del laosiano, empezó a descender en sentido transversal, observando detenidamente la configuración de las rocas.

Por fin se detuvo. Se agachó y quitó con las manos unas matas que tapaban una hendidura en la roca.

De allí extrajo un estuche de cuero. Lo abrió e instantes después la pequeña emisora estaba en condiciones de trasmitir.

Empezó a hacer llamadas. Un sonsonete que se mantuvo varios minutos:

»—¡Grupo 2! ¡Grupo 2!… ¡Llama "Brújula"! ¡Llama "Brújula"!…».

Cuando llegó a la choza, lo primero que vio fue a Nam Kun tendido en el suelo.

—¡Pero es que este sucio…!

Lo creía bajo los efectos del narcótico. A dos pasos de él aguardaba Dick, mortalmente pálido y con la respiración entrecortada.

—¿Es que te has vuelto idiota? —lo increpó Bill—. ¡Como nunca necesitamos ahora a este guía!

—Lo siento. Pero no he podido evitarlo…

—¿Qué no has podido evitar que fumara su cochina pipa?

Entonces Dick soltó una carcajada.

—¡Ah, no! ¡Es que le he atizado a las mandíbulas! Si duerme es precisamente porque le he impedido que después de una cochinada, hiciera otra… —Bajó mucho la voz y declaró—: Maltrató a Nay.

Bill dirigió una inquisitiva mirada a Dick. Éste enrojeció y miró para otro sitio.

Bill miró a la puerta de la choza. La puerta estaba entreabierta, pero dentro no se oía a nadie. Consideró que la bella muchacha *karen* estaría al lado de su hermano.

Encaminó los pasos hacia la cabaña.

—¡Un momento, Bill…!

Dick pareció tan alterado, que Bill se alarmó.

—¿Qué pasa?

—Antes que entres ahí… quiero que sepas…

Tan turbado estaba, que infinidad de ideas, cual más sombría, acudieron a la mente de Bill. Antes de que Dick consiguiera explicar lo que ocurría, se abrió la puerta.

La más inesperada figura apareció centrada en el marco. Dielle, vistiendo falda corta y botas altas, camisa caqui, y cinturón con pistolera y cuchillo. La cabellera la llevaba recogida a la nuca. Sus ojos grises miraban fijamente los de Bill.

—Se trata de mí, coronel Kress… la «desgracia» que su amigo quiere anunciarle.

La joven quiso decirlo con un tono ligero, alegre, pero se produjeron inflexiones que acusaban una honda preocupación.

En los primeros segundos la sorpresa pareció anonadar a Bill. Pero con velocidad relámpago intuyó todos los motivos que pudieran haber empujado a aquella mujer a permanecer allí. También creyó adivinar todos los riesgos que para su empresa encerraba.

Adoptó inmediatamente una actitud irónica.

—En la selva se pueden esperar todas las desgracias… Muchos de esos peligros los tengo previstos… Pero reconozco que no previne el suyo. ¿Quiere decirme qué busca aquí?

—A usted, coronel Kress.

—Ya me tiene delante.

—Pero la oportunidad que hacía falta… ha pasado ya.

Bill la miró con saña.

—¿De veras? ¿Cree que todo está ya resuelto?

—Lo esencial, sí —contestó Dielle, huyendo la mirada de Bill—. Riker escapa con su tesoro.

Una risa furiosa, una risa que parecía abofetear a quién la escuchaba, escapó de la garganta de Bill.

—A estas horas Riker estará retrocediendo y cuando llegue al río no sabrá qué hacer con su carga.

Dielle lo miró con escepticismo.

—Riker va perfectamente armado. Lleva hombres decididos a

todo.

—En eso estoy de acuerdo. Sé hasta dónde llega el valor de muchos de esos hombres… Hace tiempo que los tuve a mi mando.

Los ojos grises de Dielle avivaron su brillo.

—¿Quiere decir que la guardia que lleva Riker depende de usted? ¿Compinches a las órdenes de quien mejor les paga?

—¡Cállese! ¡Son agentes disciplinados cumpliendo una misión!

Ahora fue en los rojos labios de la joven donde se encendió una furiosa risa.

—¡Me lo imaginaba! ¡Era mucho pedir…!

Miró significativamente hacia el sitio donde se encontraba Dick. Éste permanecía atento a la escena.

—¿Y cree que su estratagema va a salir bien? Riker sabía quién es usted… Lo mismo que lo sabía yo —dijo Dielle.

—Eso es lo que espero que me aclares ahora —replicó Bill, pasando a un tuteo que era un toque de alerta—. ¿Con quién estás? ¿Quién eres?

Ella lo miró con valentía.

—Soy… Más bien era… la amiga de «Charlie».

Bill retrocedió un paso, para abarcarla mejor con la mirada.

—¿Tú… su cómplice en Bangkok? —preguntó, verdaderamente sorprendido.

—Más que su cómplice, su ilusión —rectificó Dielle—. Yo soy el motivo que hizo pensar a «Charlie» cuán estúpida era su vida, llena de riesgos sirviendo causas que no sentía. Por mi deseó una vida independiente. Y este negocio del que, nos estamos ocupando fue concebido por él sin más ilusión que ofrecerme un día una generosa prueba de su afecto a mí… Y también como demostración del nuevo rumbo que había dado a su vida. ¿Le parece mal, coronel Kress?

Bill tenía muy presentes las frases del moribundo «Charlie», cuando ya casi sumido en la inconsciencia, se iluminó su rostro hablando como del sol, o de una belleza inconmensurable. No pronunció ningún nombre de mujer. Por lo menos, Bill no lo oyó.

Y allí la tenía, a unos pasos, un sueño hecho carne, mirándolo fijamente, y como queriendo envolverle.

—¿Sabes lo que fue de «Charlie»?

—Sí —contestó Dielle, casi sin voz.

—Si yo ocupo su puesto, es cumpliendo órdenes… Ella hizo un

gesto de repulsa. Fue un fulminante. Bill saltó sobre ella.

—¿Qué es eso?… ¿Es que piensas que lo maté yo?

La tenía cogida de los hombros, estrujándoselos.

Ella se mantuvo con la cabeza rígida, mirándole en reto.

—¡Usted utilizó la amistad como «gancho»!… Él se confió creyendo que en él solo veía a un viejo camarada de armas.

Bill le dio un empellón, haciendo que chocara contra la pared de la barraca.

—¡Sí que estás «informada»!… Fui a Tokio cumpliendo órdenes. Y cumpliendo órdenes ocupé determinado hotel. Y a las dos horas de estar allí, recibí una llamada de «Charlie», citándome en un club. Por suerte para mí, él fue unos minutos antes. Quizá las balas que le dirigieron me tenían a mí también como objetivo.

Bill se interrumpió, y aguzó la mirada, para ver el efecto que en ella hacia esta revelación. Pero Dielle seguía hermética, desafiante.

—¡Maldita perra!… ¿Es en honor al muerto por lo que te unes al que seguramente contribuyó a su muerte?

—¿Lo dice por Riker?

—Por él, o por los que estén detrás de él… «Charlie» estaría loco por ti, pero no creo que tanto como me pareció que lo estaba Riker, la noche que nos conocimos.

Dielle lo miró fríamente. De pronto asomó un gesto de triunfo.

—Sí. Riker ha estado a merced mía. Si yo hubiera querido, Riker no hubiera venido. Conocía todo el plan de usted…

Bill hizo gesto irónico.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo supiste que yo ocupaba el puesto de «Charlie»? Porque es seguro que ya lo sabías, cuando me saliste en el canal…

—«Charlie» me escribió momentos antes de acudir a la cita con usted. Y le nombraba.

Siguió un silencio. Bill trataba de coordinar la aparición de Dielle en Bangkok con la de ahora en plena selva.

—¿Sabe Riker que estás aquí?

—Él me cree atrás.

—¿Y sabías que él deseaba mi destrucción?

—Lo imaginaba… —Antes de que él pudiera replicar, ella manifestó—: ¡Y no culpe a nadie, más que a usted mismo! Yo misma le dije a Riker quién era usted.

Bill iba a avanzar de nuevo, para agredirla. Pero de súbito, con una extraña serenidad, quedó inmóvil, mirándola.

—Fue usted el tipo más irritante con que me he tropezado —siguió Dielle, enardeciéndose—. Aquella noche en el club de Bangkok me di cuenta de que era usted el hombre menos a propósito para que se pusiera de acuerdo conmigo.

—¿Porque me negué a bailar contigo? —preguntó, sardónico.

Los ojos grises fulgieron de burla.

—¿Usted se negó?… Fue su miedo.

—¿Miedo a quién?

—Quizá a mí —dijo, displicente—. Ya usted faltó una vez a sus deberes y le costó enrolarse en la Legión Francesa… Sé su historia.

Bill avanzó ahora sin prisa, pero más peligroso que cuando saltó sobre ella.

—¿Sabes por qué fallé una vez? Aquella hembra tenía un mentón quizá menos bello que el tuyo. Yo sabía que me salía al paso para empujarme a una emboscada… Y vacilé en aplicar el remedio.

—¿Cuál? —preguntó Dielle, en todo momento con la cara levantada, sabiéndose hermosa y devorada por los ojos de Bill.

Pareció no oír la pregunta, como turbado. Ella por momentos se sentía más dueña de la situación.

Su terso rostro de piel bronceada; el brillo de los ojos, mirando levemente entornados; sus labios húmedos y rojos, en los que se insinuaba una incitante sonrisa; el conjunto de su figura, con el joven busto insinuándose por la entreabierta camisa…

Bill se daba cuenta de que ella se sentía dueña de la situación. En la imaginación del hombre brotaron ideas llenas de fuego.

Nunca como en aquel momento odió tanto a mujeres como Dielle, muñecas de lujo dispuestas a entregarse al mejor postor.

—Seguramente has hecho un pacto con Riker…

—Es posible —contestó ella.

—Y no te importará traicionarlo, si el precio conviene.

—Así es.

—¿Sabes, a fin de cuentas, cuál va a ser el fruto de este maldito tráfico? ¡Sangre en un lado y otro!… ¿En ningún momento te has detenido a pensar en las dolorosas secuelas que dejará esto? ¡Armas a esta selva y estupefacientes al fatigado mundo occidental…!

—¿Y eso le preocupa mucho, farsante coronel Kress?…

—No mucho, es cierto… Pero menos todavía tu bello mentón. Y esta vez no dudo en aplicar el remedio.

Chascó el puño en la barbilla de Dielle. Ella dio con la espalda contra la pared de la choza. Emitió un gemido y fue encogiéndose, hasta quedar sentada.

No había perdido el conocimiento. Quedó mirándole, una mano en la boca, que pronto se manchó de sangre.

En un movimiento brusco Bill se abrió la camisa, todavía empapada de agua. Una gran cicatriz le cruzaba el pecho.

—Aquí tengo un arañazo de esta tierra… Y he visto caer junto a mí a infinidad de muchachos que quizá tenían que ver menos que tú en la causa que se defendía en estas latitudes… ¿O no eres francesa?

Ella no contestó. Se quitó la mano de la boca e hizo un mohín de buida. Esto acabó de enfurecerle.

—¿Sabes lo que voy a hacer contigo?… ¡Amarrarte a nuestra marcha! Lo que tú seguramente deseabas, pero en condiciones que no has podido imaginar. ¡Vas a ser un soldado más en nuestro grupo… y allá tú si te niegas a obedecer!

Dielle le miró, como con odio.

—¡Buena voz de mando!… Aunque más le valdría que se olvidara que ha sido militar. Yo no creo una palabra de lo que ha dicho —se levantó, sin preocuparse de arreglarse la ropa sobre el pecho—. Eso de que hay un grupo de soldados a sus órdenes…

—No me preocupa lo más mínimo que no lo creas. Los acontecimientos lo irán dando a conocer…

Dick, que hasta aquel momento había permanecido al margen, avanzó hacia ellos.

—¡Eso no, Bill! ¡Debe aclararse ahora mismo! ¡Quiero saber con quién trato…!

Manteníase a unos cinco pasos, sosteniendo en posición horizontal el fusil ametrallador.

—¿Qué es eso, Dick?

—¡Quiero saber a quién me dirijo!

—¿Es que no lo sabes?

—¡No!… Antes me habló esta señorita de que aquí pudiera haber una trampa, pero no quise creerla.

Bill se volvió a mirar a Dielle.

—Usted ha embaucado a este hombre —dijo ella— prometiéndole una pingüe ganancia… Y si todo sale a gusto de sus deseos, lo único que va a encontrar es una maraña de ordenanzas, que lo aten para toda su vida.

—¡Quiero saber la verdad, Bill! ¿Me dirijo al coronel Kress?

—¿Y él qué sabe? —dijo Dielle, tratando de reír—. ¡Ahí está la jugada maestra de nuestro amigo! Si las cosas se ponen mal, procurará ponerse a salvo, se presentará ante sus superiores, dará cuenta de lo ocurrido y quizá consiga un ascenso. Por el contrario…

Parecía no atreverse a terminar la frase. Bill, con desconcertante tranquilidad, instó:

—Termina.

—Si el beneficio de este negocio se pusiera a su alcance… tal vez sienta la tentación de esfumarse con él —concluyó Dielle, en un ligero temblor, temerosa de la reacción que pudiera producirse en Bill.

Pero éste soltó una carcajada. De pronto se volvió de cara a Dick.

—¡Atiende a Nam Kun!

El laosiano había vuelto en sí, y les miraba. Una vez más la voz de mando de Bill surtió efecto. Dick se inclinó sobre el opiómano.

—¡Qué! ¿Piensas portarte bien en lo sucesivo?

Nam Kun se puso de pie, ayudado por Dick. Éste iba a hablar de nuevo, cuando advirtió que Bill había desaparecido. Vio a Dielle, mirando al interior de la choza.

Aprovechando que nadie les prestaba atención, Dick rezongó:

—¡Como vuelvas a maltratar a esa niña… como hay Dios que te mato!… ¿Lo has entendido?

—Te he «entendido» —contestó Nam Kun, silabeando de manera significativa—. Lo «entendí» ayer, cuando aparecisteis…

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Tú eres un «caballero blanco»… Nada.

Dick lo agarró del cuello.

—¡Di qué piensas!

—Si te interesa Nay… puedes quedártela.

Dick había dejado caer el fusil ametrallador. De nuevo lo había cogido del cuello, dispuesto a estrangularlo.

—¡Inmundo bicho…!

En tanto apretaba, apartó el rostro cuanto pudo, como si más que un hombre hubiese apresado un monstruo que pudiese escupirle veneno.

La furia de Dick tenía un hondo motivo. Las palabras de Nam Kun habían, dado en lo vivo. Nay constituía la obsesión de Dick, desde que la vio.

—Ya antes me pareció que habías perdido el juicio —dijo tras de él, Bill, con su característica voz de mando—. ¡No vuelvas a soltar el arma!

Le ofreció el fusil que había recogido del suelo y apenas cogerlo Dick, le volvió la espalda.

—Vamos a partir —siguió Bill—. Si tienes algo que recoger, hazlo enseguida, Nam Kun.

—No pienso moverme de aquí —replicó el opiómano.

—Tu mujer se va.

—Me parece bien… No son más que dos «occidentales», ella y su hermano. ¡Dos renegados!

Bill se volvió a mirarlo.

—¡Eres un cínico, Nam Kun! Si ellos son dos renegados, ¿qué eres tú? ¿A quién sirves tú?…

Dejó un silencio. Fue mirando a todos, con lentitud, como grabando la imagen de cada cual en su mente. Al llegar al rostro de Nam Kun, añadió:

—Tú sirves a quién mejor te paga… Y ahora soy yo quien solicita tus servicios. La mitad de la carga que lleva Riker será para ti a cambio de…

Los ojos de Nam Kun se avivaron. Era indudable que se hallaba aún muy lejos de dar crédito a las palabras del blanco, pero el oír que la mitad de aquella valiosa carga podía ser suya, le embriagaba.

—¿A cambio de qué?

—De que me señales ciertas rutas.

—¿Para escapar?

—Todo lo contrario… Tan pronto nos hagamos con la carga de Riker, te quedarás con la mitad y la dejarás donde a ti te interese.

—¿Dónde? Aquí no hay sitio Seguro. Tú no conoces bien el terreno que pisamos —de nuevo el escepticismo apareció en la cara de Nam Kun—. Haréis que os sirva y después os desharéis de mí,

para volver por lo mío.

—Difícilmente podremos encontrar un punto elegido por ti mismo —contestó Bill. Y volviéndose de cara a Dielle—. La otra mitad será para ti… y para los que seguramente te han acompañado.

Ella hizo un gesto de sorpresa. También Dick.

—Ha venido sola —dijo Dick.

—Y tú lo has creído —comentó Bill, sonriendo.

—Dos de mis compatriotas que aquella noche estuvieron en el club, han venido conmigo —confesó Dielle—. Son dos valerosos muchachos que iban a «trabajar» con «Charlie». Están aguardando muy cerca de aquí. ¿Los llamo?

—Es lo que estoy mandándote… Pero te acompañará Dick.

Éste lo miró.

—¡Bill! ¡No debes burlarte de mí…!

—¿Y de dónde sacas que me burlo?

—¡Me brindas la fuga!

—Tú no puedes irte —contestó Bill—. Hemos de seguir juntos.

Quedaron mirándose. Dick inclinó la cabeza y tendió una mano a Bill, pero lo que hizo fue abrazarle.

Esa efusión cesó enseguida. Nay lanzó un grito y cuando los dos miraron a la choza, vieron a Nam Kun que blandiendo un cuchillo, se dirigía a los hermanos *karen*.

Bill tuvo el tiempo justo de soltar un latigazo con el fusil ametrallador. El cuchillo y parte de la mano saltaron por el aire.



Tuvo el tiempo justo de disparar.

Nam Kun empezó a rugir, en alto su mano rota, convertida en antorcha de sangre.

—¿Será menester que Dick te vuelva a dormir? —preguntó Bill—. Véndale, Dick… Y mira si en los pliegues de la ropa lleva algún otro juguete.

Dirigió su atención hacia la figura de Dielle, que había empezado a alejarse, pero que al oír los disparos se había detenido, para mirarles, alarmada.

Al ver que Bill la estaba mirando se volvió de cara a la selva. Dos hombres acababan de aparecer, vistiendo como Bill.

A uno de ellos lo reconoció enseguida. Era el joven rubio que bailó con Dielle en el club de Bangkok.

Hacía unos instantes Bill no había tenido inconveniente en solicitar la presencia de aquellos dos hombres. De pronto, se sintió disgustado. ¿Quiénes eran? Particularmente el joven… ¿Un número más en la corte de adoradores que rodeaban a Dielle?

Fue cara a ellos. Los dos iban armados con metralletas.

Dielle llegó primero. Luego los tres vinieron al encuentro de Bill. Al llegar a unos tres pasos, la joven los presentó.

—Gilbert —indicaba al joven rubio. Luego, refiriéndose al otro, de mediana estatura y moreno—: Paul…

—Bill —dijo él mismo, dando por buena la presentación a base de nombres escuetos.

Nadie se mostró extrañado de que no dijera «Charlie».

—Dos excelentes muchachos —dijo Dielle, refiriéndose a sus compatriotas.

—Basta que vayan contigo para que yo no lo dude —replicó Bill.

Los ojos grises adquirieron un brillo hostil, que momentos antes parecía extinguido. Pero Bill no le prestó atención.

—¿Su… «amiga» les ha hablado de las condiciones?

Se expresaba en francés. Los dos jóvenes asintieron.

—La mitad del botín para ustedes. La otra para Nam Kun —quiso concretar Bill; a pesar de la afirmación de los dos franceses, ya junto a la choza.

Lo que buscaba lo consiguió. Pese a que Nam Kun se hallaba sufriendo una dolorosa cura, lo oyó.

—¿Y para usted no se reserva nada? —preguntó Nam Kun.

—Me bastará de momento con haberle desbaratado el negocio a un individuo como Riker… Me son antipáticos los hombres que hasta en la selva son elegantes.

Había que prevenir que Tua Cha saliera de la embriaguez que le producía la posesión de un cargamento de armas nuevas, y se lanzara a la represalia.

—Vamos a salir… Ustedes cuiden del muchacho herido y de su hermana —dijo a Dielle y a los dos franceses—. De Nam Kun ya se encargará mi compañero.

Ya en marcha todos, Bill fue quedando rezagado. Dielle se dio cuenta y se volvió.

—¿Es que sucede algo?

Bill no le contestó. Ni la oyó siquiera. Acababa de abrir el estuche de cuero, levantando la varilla de antena, y pegándose el aparato a un lado de la cara, se puso a llamar:

—«¡Grupo 2! ¡Grupo 2! ¿Cómo va? ¡“Brújula” pasa a la escucha!».

CAPÍTULO VI

El encuentro con la primera avanzadilla lo tuvieron a la entrada de un barranco. Bill marchaba delante y de pronto, de entre unas rocas salió un occidental.

—¡A sus órdenes, señor…!

De un salto se colocó frente a su jefe.

—¡El golpe se ha dado ya!

—¿Dónde habéis acampado?

—Donde usted ordenó. En mitad del barranco.

—¿Muchas bajas?

—Cinco, nosotros. Heridos solamente… Los otros son los que han hecho el gasto.

—¿Y Riker?

—Herido apenas. Un rasguño de bala…

Los que acompañaban a Bill estaban ya cerca. De otras rocas situadas más lejos iban surgiendo hombres. Todos, al llegar a la distancia reglamentaria, se cuadraban, pero Bill les hacía un gesto de desaprobación.

—¡Dejad eso para mejor ocasión!… ¡Estamos en la selva! —prorrumpió de pronto, como exasperado.

Dos hombres, fusil en alto, iban de cara a Dick.

—¡Cabo Mayne!

Dick, que hasta aquel momento había permanecido con expresión hosca, los reconoció. Eran dos viejos camaradas de la Legión: Roux, francés, y el griego Khepa. Los dos —los tres, incluyendo a Dick— bravos soldados en la lucha y buenos bebedores en las horas de francachela.

Los dos se habían arrojado sobre Dick y lo llevaban en volandas.

—¡Cabo! ¡Maldito seas…!

—¡Imbécil de mí, que he llegado a llorar tu muerte…!

Por fin lo soltaron, y cada uno se le colocó a un lado. Dick se

hallaba tan turbado, que no sabía qué responder.

La actitud de Nam Kun le dio el pretexto para salir del paso disimulando la emoción que aquel encuentro le había producido. Hizo un gesto a sus compañeros, señalándolo.

Nam Kun parecía estar esperando un momento de barullo para emprender la huida. Los dos soldados se pusieron serios, manteniendo una actitud vigilante.

—¡Dick! —llamó desde allá delante Bill.

Corrió a su lado.

—¿Qué?

—Te quedarás un poco rezagado con las dos mujeres y el muchacho. A mitad del barranco acampa lo que queda del grupo de Riker. Hay muchos heridos… Si es necesaria vuestra presencia, ya os llamaremos.

—¡Sí, Bill!

Nada forzado parecía existir en el excabo. Por momentos Dick se sentía más dueño de sí mismo.

Bill, seguido de dos soldados, se metieron en el barranco. Dick esperó a que pasaran los dos franceses.

—Sigan adelante —les dijo.

Gilbert y Paul no objetaron nada y se metieron por el mismo sitio que el jefe de la expedición. Cuando llegaron las dos muchachas y el chiquillo les hizo seña para que se detuvieran.

Nam Kun pasó cerca de Nay y el hermano, pero no pareció verles. La bella muchacha *karen*, sin embargo, sí que se dio cuenta. Su rostro, ligeramente mogol, palideció. Bajó los ojos, en un gesto de resignación, en espera del golpe que la aniquilara.

En el trayecto, Nay había pedido a Dielle: «¡Prométame que cuidará de mi hermano!». Por el tono, Dielle comprendió qué trágica resolución encerraba aquel ruego. «¡Y a ti también te protegeré, criatura!», había respondido Dielle. «Yo, no… Mis horas están contadas». Al oír esto, el chiquillo lanzó un quejido, que quería ser un grito de rabia.

Nay sabía que iba a morir. La mano cortada de su marido, las violencias que los blancos pudieran haber ejercido sobre él, caerían al final sobre la frágil Nay. La torturaría hasta lo indecible, como tantas veces había hecho, en tanto iría absorbiendo el humo del narguilé, a tiempos estudiados, para no dormirse antes de que Nay

cayera extenuada.

Dick esperó unos momentos, después que los hombres hubieron pasado. Una vez más sus ojos quedaron prendidos en el rostro de la bella indígena. Tal fatalismo encontró en su cara, que no pudo contenerse.

—¡Al diablo las penas! ¿Por qué no ríes, como anoche?… ¡Esto marcha! ¡Bill lo resolverá todo!… ¿Sabes que Riker ha caído en la trampa?

Se dirigía a Nay, pero era para que lo oyera Dielle.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó Dielle, con gran ansiedad.

Dick lo desconocía en detalle. Pero suponía que por la sagaz intervención de sus excamaradas.

—¡Son unos bravos! ¡Los conozco bien! ¡Mi jefe sabía lo que sé hacía al confiar en ellos!

—¿«Su» jefe? —inquirió Dielle—. ¿Es que ya nada teme de él?

—¡Nada, señorita! De «mí» jefe, nada temo…

Un soldado enviado por Bill salió en busca de Dick para decirle que se acercaran las mujeres al centro del campamento.

Había muchos heridos, y apenas llegar, sin tiempo para reponerse del efecto que la vista de tantas heridas les produjo, entraron en acción.

Cayó la noche y la cura aún seguía. Dos hombres murieron y al momento fueron sacados del barranco.

A medianoche el campamento fue sumiéndose en el silencio. Bill hizo que las dos jóvenes y el chiquillo se retiraran a una cueva frente a la cual ardía una hoguera.

Dick permaneció un rato haciéndoles compañía. Explicó cómo había ocurrido el asalto.

—Entre el personal reclutado por Riker había gente nuestra. Tanto cuando se dirigían al río con las armas como a la vuelta, eran seguidos por un grupo de soldados, experimentados en las marchas por la selva. Eran fuerzas que el coronel dejó aquí, antes de dirigirse a Bangkok… Pero lo peor va a venir ahora…

—Nada será peor si todos estamos dispuestos a ayudar —dijo Bill, que había ido acercándose, envuelto por las tinieblas.

Le acompañaban Riker, Nam Kun y dos soldados que se colocaron a prudente distancia.

Bill indicó a Riker y a Nam Kun que se sentaran cerca de la

hoguera. Riker, que llevaba unos esparadrapos en un lado del cuello y en la cabeza, no apartaba la vista de Dielle.

En los últimos momentos de aquella tarde se habían visto varias veces, pero quizá porque Dielle se encontraba ocupada en la cura, no hubo ocasión de hablarse.

—Nam Kun ya tiene su parte —dijo Bill, sentándose frente al grupo. Y mirando a Dielle—: Tus dos compatriotas se han hecho cargo de la parte que Ir corresponde.

Nadie dijo nada. Tras un breve silencio, siguió Bill:

—Esta tarde pensé tenerte al margen de este espectáculo —seguía dirigiéndose a Dielle, como si no hubiera nadie más presente—. Pero he creído mejor que vieras de cerca las huellas que dejan estos juegos. Considero que será bastante para tu sensibilidad… En cuanto al amigo Riker… Esto ha sido poco para ti, ¿verdad? Un tiroteo de diez minutos no puede amilanar a un hombre de temple. Si esta vez ha salido mal, puedes mantener la esperanza de que en otra ocasión salga mejor.

Bill extendió una pierna. La bota claveteada llegó a tocar el fuego. De un bolsillo del pantalón sacó un paquete de cigarrillos. Ofreció primero a Dielle. Ésta aceptó, en silencio. Luego dio a Riker.

Bill sacó su pipa. De la boca de Nam Kun se escapó un gemido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Bill.

El opiómano no se atrevió a decirlo. No obstante, todos supieron enseguida lo que quería.

—Por ahora te estás portando bien, Nam Kun —comentó Bill—. Contando con ello hice que tu esposa cargara con una de tus pipas y el poco opio que hemos podido encontrar en tu casa… Prepárasela, Nay. Esta vez se lo merece.

La muchacha *karen* se apresuró a obedecer. Se incorporó y por unos instantes su grácil figura quedó perfilada en oro vivo sobre el fondo de la cueva.

En el sitio donde se hallaba tendido su hermano, en la cabecera, estaba la pequeña mochila de Nay. Estuvo manipulando unos momentos hasta que de nuevo irrumpió de las sombras. Entró en el área de las llamas, con gesto grave, la mirada baja, sosteniendo con sus pequeñas manos la rudimentaria pipa cargada de opio.

Nam Kun, en tanto, había estado revolviéndose en su sitio, como sediento, o como si se encontrase en el centro de una hoguera.

Cuando vio a su mujer portando el ansiado estimulante, sufrió una sacudida, lanzó un alarido e intentó incorporarse.

—¡Quieto! —le ordenó Bill.

Nam Kun no pareció oírle.

—¡Quieto… o la pipa va al fuego! —continuó Bill.

Nam Kun quedó como de piedra. Bill se levantó y fue adonde estaba Nay, cogió el utensilio de fumar y volvió al sitio de antes.

Se sentó sin prisa. Todos permanecían callados. Únicamente se oía el chisporrotear de los leños y la angustiosa respiración de Nam Kun.

—Toma…

Durante unos instantes, todas las miradas permanecieron fijas en el laosiano; en la manera ansiosa con que cogió un tizón para encender la pipa; en la fruición con que absorbía el humo.

Un momento en que Dielle y Riker se encontraron con la mirada de Bill, la apartaron enseguida, como si se quemaran. Suponían los dos que Bill había hecho aquello con el único fin de mostrarles otra de las lamentables huellas de su «tráfico».

Algo había de cierto en esa suposición, pero Bill se preocupaba por algo más grave. Los acontecimientos se encontraban ya en su fase decisiva.

—Pienso cumplir, todos los compromisos que aquí establezcamos esta noche —dijo Bill—. Tan pronto hayamos terminado nuestra acción…

—¿Tan pronto hayamos terminado? —repitió Riker, sardónico—. ¿Qué es lo que resta, «coronel»? ¿Entregarnos a un Consejo de Guerra o a la Interpol?

—No, amigo Riker. Repito que pienso cumplir lo que aquí prometa… Y todos quedaréis libres, tan pronto terminemos.

—¿Y ustedes? —preguntó Dielle, con mal disimulado interés.

—Yo y mis hombres dependemos de órdenes —se volvió lentamente para mirar a Riker—. Vamos a meternos en madrigueras de Tua Cha. Nos apoderaremos de sus plantaciones de adormidera…

Nam Kun, medio tendido, fumaba incansablemente su pipa. Su rostro se hallaba transfigurado. Toda huella de sufrimiento había desaparecido.

—Nam Kun nos pondrá en camino de esas plantaciones —se

volvió a mirarlo—: ¿Verdad?… Tú sabes que si te portas bien, tu pipa humeará a tiempos estudiados. Algo que no represente un tormento para ti y un estorbo para nosotros…

El laosiano se hallaba en plena exultación. Con la pipa en los labios, contestó:

—¡El jefe sabe que Nam Kun cumplirá!

—Sí, ya lo sé… Y nuestro amigo Riker tampoco lo ignora. Harás «voluntariamente» cuánto te mandemos. Y no vas a tener otra misión que ésa; guiarnos a las plantaciones de Tua Cha. Tú sabes dónde se encuentran.

—¡Nam Kun sabe todo! —contestó el laosiano.

—¿Para qué hemos de ir allí? —inquirió Riker—. Si es por mí, coronel, desde este momento renuncio a «mí» parte.

—Pero yo no a la mía —replicó Bill.

—¿Cuál es la suya?

—Las armas que usted ha entregado esta mañana.

—¿Por qué no sorprendió nuestro cargamento antes de que lo entregara a Tua Cha?

—Esta lucha es de las más difíciles, por la facilidad con que se esconde el enemigo… Estamos hartos de entrar en poblados y hallar gente en actitud pasiva. Bandera blanca y mano tendida pidiendo un poco de arroz… Y no es verdad. En sitios Ocultos mantienen grandes depósitos de víveres. Y de armas. En cuanto se les vuelve la espalda, nos acribillan. Muy pocas veces se les puede coger de frente… Muchos guerrilleros andan disfrazados de campesinos. Ahora se quitarán el disfraz. Dispondrán de armas y de un importante objetivo que defender… Es lo que todos mis hombres están deseando. Un enemigo concreto. Eso resulta menos agotador que batirse contra fantasmas.

Se puso de pie. Después de una breve pausa, dijo:

—Mañana temprano emprenderemos la marcha. Aquí se quedarán los heridos y los imprescindibles para cuidarlos. Las mujeres vendrán con nosotros…

Riker soltó una risa sardónica.

—¡Su oportunidad, Dielle!… Ahora se encuentra cogida entre dos fuegos. Pero no desespere. Le sobran a usted «resortes» infalibles para salir con bien de este asunto, a poco hábil que usted se muestre.

—¡Cállese, Riker! —le ordenó Bill.

—¿Por qué? ¡Dielle sabe demasiado quiénes son sus compatriotas y quién es usted! ¡Cogida entre dos fuegos!… ¿Para qué esta farsa de confiarles la mitad del cargamento? ¡Todo irá a parar a ellos! ¡Son agentes de Interpol!

—¡Le he ordenado que se calle!

Las férreas manos de Bill cayeron sobre los hombros de Riker, y lo zarandeó, como si fuera un muñeco. Bill estaba enfurecido por si Nam Kun se daba cuenta de lo que acababa de revelar. Pero el laosiano parecía sumido en la inconsciencia.

Bill llamó a los centinelas ordenándoles que condujeran a Nam Kun y a Riker al sitio donde tenían que pasar el resto de la noche.

Al opiómano tuvo que levantarlo uno de los centinelas. Bill le quitó la pipa, que mantenía fuertemente agarrada.

—Mañana, más… Guárdala, Nay.

—¡Mañana! —rezongó Nam Kun.

Al quedar solos Bill y Dielle, ella preguntó:

—Luego, ¿usted sabe?

—Tus compatriotas me informaron esta tarde.

—¿Qué le han dicho?

—Que pertenecen a Interpol… y que tú eres su colaboradora. ¿No es la verdad?

Dielle no contestó. En silencio volvió a sentarse.

—Procurad descansar —dijo Bill, mirando también a Nay, que se había colocado al lado de Dielle—. Nos espera una dura marcha.

Bill se perdió en la oscuridad. Al quedar las dos muchachas solas, Nay extendió los brazos, sin decidirse a tocar a la mujer blanca. Dielle estaba llorando.

En el momento de partir, Bill tuvo que modificar sus planes. Gente de Tua Cha andaba cerca.

No quiso dejar a los heridos en el barranco, aunque tenía el propósito de mandar más tarde por ellos.

—Después de todo disponemos de un personal indígena del que sólo podemos servirnos como porteadores. A ninguno de los que reclutó Riker les podemos confiar un arma —explicó Bill.

Y decidió dedicarlos a transportar heridos, la mayor parte, hermanos de raza, incluso de tribu.

Fue una hábil manera de tenerlos sujetos.

Y se abocaron a jornadas en las que infaliblemente, tenían algún choque con emboscados. Algunas veces eran refriegas con pequeños grupos que iban a salto de mata, sin más objetivo que arrasar cuánto encontraran al paso.

Bill se limitaba a asestar unos cuantos hachazos con sus metralletas y proseguir adelante. Se reservaba para lo último su principal resorte.

Todos los días un helicóptero volaba muy bajo por dónde ellos se encontraban, siguiendo su ruta durante media hora. Bill abría entonces su emisora y comunicaba el parte del día. Terminado esto, el helicóptero se elevaba desapareciendo sobre el mar verde.

Bill se daba cuenta de que esto era un arma de doble filo. El revoloteo del helicóptero acabaría por señalar al enemigo la ruta y las intenciones de Bill.

Para evitarlo, mantenía a un grupo de soldados por ruta falsa, para atraer la atención de Tua Cha.

Afortunadamente, Nam Kun señaló las plantaciones de adormidera antes de que se produjera el desastre.

Un día dio la anhelada noticia:

—¡Hemos llegado!

Con el gesto señaló la barrera de montañas que tenían enfrente. Bill las escrutó con los prismáticos. Así pudo comprobar que la mole no era tan maciza como a simple vista parecía.

En realidad no eran más que delgados paredones de roca, tras las cuales se ocultaban campos trabajados con azada.

Destacando del gris de las peñas y de la tierra parda, veíanse retazos intensamente verdes, punteados de montañas blancas.

—¡Bien! —exclamó Bill.

Junto a él se encontraban los dos franceses. Bill les cedió los prismáticos.

—Enfoquen el corte de aquellas rocas.

Quien primero miró fue Gilbert, el agente rubio. Las plantaciones de adormidera irrumpieron pronto, con sensación de que se colocaban al alcance de las manos.

—¡Soberbio objetivo, coronel! —comentó, al tiempo que pasaba los prismáticos a su compañero.

—Con esas plantaciones, los rebeldes disponen de inagotables recursos. Eso, enfocando la cuestión desde su aspecto táctico, que es

lo único que como militar puede interesarme —manifestó Bill—. En cuanto a lo moral, lo que de nocivo pueda contener el látex de la adormidera para nuestra sociedad, es cuestión que ni puedo ni quiero dilucidar. Los occidentales disponen también de plantaciones.

—Para fines médicos —apuntó Gilbert, no muy convencido.

—¿Siempre? —inquirió Bill.

Demasiado sabían los agentes que no.

Los tres occidentales, de pie en un cerro fronterizo a Laos, sintieron sobre sus frentes la candente pregunta. ¿Siempre el blanco jugaba limpio?

A su izquierda tenían las inmensas plantaciones de adormidera de los ingleses, en la India. A su derecha, estaba la llaga de Hong Kong, conminado en la pasada centuria por los cañones británicos para introducir el opio.

Pero sin necesidad de remontarse a un tiempo tan lejano, ahí estaban al día las grandes ciudades de Occidente, con sus fondos oscuros, con sus escándalos en los que solían aparecer complicados los más destacados personajes.

Bill, únicamente como soldado, no vacilaría en asaltar aquellas plantaciones que tenían a la vista. Con ello negaría la tentación de futuros Rikers, incluso Bills…

Descendieron del cerro. La selva llegaba hasta las mismas estribaciones del monte.

En la espesura comenzó a formarse el campamento. Los últimos de la caravana aún tardarían en llegar.

—¡Te mereces una buena pipa, Nam Kun! —dijo Bill, así que entraron en la selva.

Dielle y los dos hermanos siempre iban juntos. Dick aprovechaba todas las oportunidades para acercarse al grupo. Al contrario de lo que hacía Bill.

Desde la noche del barranco, muy pocas veces se había acercado a ellos, y casi siempre con el pretexto de saber el estado del muchacho. Con Dielle no había vuelto a cruzar la palabra.

Sin proponérselo, le estaba asestando a aquella bella muchacha su eficaz golpe en la mandíbula. Dielle estaba pasando por los más contradictorios estados de ánimo. Tan pronto se mostraba llena de despreocupación, mirando casi con cínica indiferencia el drama que

le rodeaba, como de pronto aparecía: abrumada por graves responsabilidades.

Al regresar al sitio donde se estaba levantando el campamento, ya estaban allí las dos muchachas.

—¡Nay! ¡Una buena carga para Nam Kun! —dijo alegremente Bill.

Tácitamente todos habían suprimido el calificativo de marido y esposa. Cada jornada que transcurría, la distancia entre Nay y Nam Kun se hacía más inconmensurable.

La relación con Dielle había despertado en Nay una personalidad totalmente distinta.

Bill se alejó del sitio en que quedaban las dos mujeres y empezó a dar órdenes para que la instalación del campamento se efectuara con toda celeridad.

Cogió la emisora y salió corriendo de la espesura, lanzándose ladera arriba, hacia el cerro desde el que había columbrado el gran objetivo.

Ya en la cima, en tanto efectuaba las llamadas y esperaba la conexión, siguió con la mirada el vuelo bajo de un helicóptero. Le parecía un pájaro aturdido, perdido sobre el mar inmenso de la selva.

Aquí y allá, la brava vegetación erguíase en agudas puntas, que el viento hacía temblar. A Bill se le antojaban llamas de aquella inmensa incontenible hoguera verde, que servía de refugio a todas las pasiones e instintos.

—Una hoguera verde que pronto quedará convertida en roja, por el fuego y la sangre —pensó en voz alta.

Instantes después estableció conexión con el aparato.

«¡Bastarán dos Compañías! ¡Exactamente dentro de tres horas! ¡Que se lancen sobre el valle situado a su derecha!… ¡Paso a la escucha!…».

Siguió con el oído atento a lo que decía el auricular, mientras su mirada quedaba fija en la figura que avanzaba ladera arriba, también mirándole.

Era Dielle. El rostro y el principio del pecho, bronce oro. Elástica y hermosa como nunca. Pero en su belleza había algo dramático, como sujeta a un fuego quieto e inexorable.

Bill no dejó de mirarla hasta que ella llegó a su lado. Por dos

veces efectuó el cambio en la emisora.

—«¡Gracias! ¡Suerte también a cuántos van a intervenir!…».

Cerró la emisora. El helicóptero empezó a alejarse. Dielle se había situado al lado de Bill, mirando como él, a la selva.

—Y bien: ¿Qué ocurre? —preguntó Bill.

—Nada… Simplemente… que quería estar a su lado…

Se sentó entre dos peñascos y se quedó mirando a Bill. No lo incitaba con la actitud de su cuerpo, ni con la sonrisa. Lo miraba, porque le era necesario hacerlo, como a un sediento le era necesario acercar los labios al agua.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Bill, después de unos momentos de vacilación—. ¿Qué no sustituyo bien a «Charlie»?

Dielle no cambió la expresión serena que mantenía su rostro. Parecía acorazada contra todos los sarcasmos que Bill pudiera dirigirle.

—«Charlie» me hablaba mucho de usted… Sé por qué odia usted las drogas. Pudieron arruinar su vida.

—¿Eso qué importa ahora? —gritó Bill, crispado.

—La mujer del mentón bonito le empujó a las drogas… ¿Fue en Tokio?

Bill cambió de color. Creía que ella se le burlaba.

—¡Vuelve al campamento! —dijo sordamente.

—Iban a degradarlo y a expulsarlo del ejército y usted pidió una oportunidad… Sus jefes tenían necesidad de enviar a algunos oficiales como observadores a la contienda que mi país tenía en Indochina, y usted se prestó a entrar en la Legión… ¡Buen trabajo! En unos meses, ascendió a coronel… Pudo regresar con la cara alta. Pero ¿qué hubiera sido de usted si no le hubieran dado la oportunidad?

Bill se había detenido a unos cuantos pasos de ella. Ya no parecía encolerizado. Creía comprender que lo que ella le estaba pidiendo era esa oportunidad que él ya tuvo.

—Dentro de un rato esto se habrá convertido en un infierno… Vuelve al campamento. No son momentos para discutir, Dielle…

—Todos los momentos son buenos, para mirarse de frente… A mí, no me importa lo que pueda ocurrir aquí. Quizá el infierno lo llevemos ya dentro. No rehúya mirarme, Bill… Si no pensaré que me tiene miedo…

Bill se inclinó sobre ella. Las rocas los ocultaban al campamento. La asió de los hombros dispuesto a levantarla de golpe y echarla ladera abajo.

No encontró la menor resistencia. Ni en el rostro de ella se produjo el menor cambio. Siguió mirándolo, como un animal sometido.

Y apenas cogerla, frenó el impulso de levantarla. La sostuvo unos instantes inmóvil, sintiendo su aliento.

La muerte estaba ya tejiendo su telaraña, en el fondo de la selva, y pronto varios aparatos lo harían sobre la selva y los montes.

¿Quién escaparía? Pensando en ello, Bill se volcó sobre la boca de Dielle. Luego la estrechó contra su pecho. Ella pegó su cara a la de él y murmuró algo al oído, que Bill no pudo oír.

Se separó enseguida, poniéndose de pie, y volviéndose de espaldas.

—¡No me obligues a que te deteste… más que en los primeros días! —prorrumpió, sordamente.

—Tú nunca me has detestado, Bill —dijo Dielle, con los ojos brillantes, pero el tono normal.

Él se volvió. Entonces Dielle sonrió, dulcemente.

—No… Es cierto —reconoció Bill—. Pero ya ves que ni entonces ni ahora torcerás mis planes.

—Quizá nunca lo he pretendido. En Bangkok yo esperaba que nos pusiéramos de acuerdo. Lo prometí a los agentes de Interpol. Ellos temían que tú no aceptaras su colaboración…

Bill quedó unos momentos como ausente, imaginando lo que dentro de muy poco iba a ocurrir.

—No me has tratado mal ahora, Bill… ¿Por qué? —preguntó Dielle, colocándose a su lado—. ¿Es porque los agentes no te han dicho la verdad?

—¿La verdad?… ¡Qué importancia puede tener lo que tú, lo que yo, lo que cualquiera de los que vamos en la expedición pueda haber sido fuera de esta hoguera…!

Bill rompió a reír. Y cogiéndola de un brazo, echaron por la vertiente, hacia el campamento.

CAPÍTULO VII

Los objetivos estaban claramente señalados por dos grandes hogueras que ardían en la cima de una cadena de montañas situadas frente al campamento.

Aquel humo fue motivo de viva ansiedad en las dos muchachas.

—No. Ese humo lo hacen los nuestros —dijo un agente; creyendo que con eso las tranquilizaría.

Añadió que Bill y Dick estaban en esa cima. Fue lo peor que pudo decir, al menos para Dielle. Ella se sentía con valor para desafiar todos los peligros, siempre que supiera a Bill cerca.

Dielle se sintió de pronto sola, en la imponente selva. Se oían disparos a lo lejos.

Nay se limitó a cerrar los ojos y a permanecer reconcentrada.

Dielle, no. Sus ojos miraban tenazmente las cumbres, en las que más que los leños de las hogueras eran las armas las que crepitaban.

Veía diminutas figuras pasar de una piedra a otra corriendo. De las piedras en las que se apostaban irrumpían entonces multitud de detonaciones, hasta que de pronto cesaban, para no volver a surgir más, o para aparecer de nuevo la diminuta figura corriendo hacia otra piedra. ¿Quién de aquellos que enmudecía para siempre sería Bill, Dick, o Riker?

Bill se empeñó en llevar consigo a Riker: «Va a tener el gusto de ver el uso que hacen de su “mercancía”, dijo, con sombrío humor».

¿Quién de los tres conseguiría volver?…

Poco a poco la lucha fue extendiéndose. Peleábase en los cerros, en las altas montañas, en las estrechas gargantas, en los valles. Tan pronto un grupo de paracaidistas tomaba la retirada internándose en la selva, como un grueso contingente de rebeldes huía en desbandada, colocándose precisamente a la boca de los fusiles del adversario.

La hoguera verde se retorcía en espasmos desesperados bajo los

trallazos de las potentes bombas que lanzaban aviones en picado.

Cada vez aparecían más guerrilleros. Diríase que Tua Cha conocía de antemano los planes de Bill, y había esperado el momento de que iniciara el golpe a las plantaciones, para entonces pararlo en un alarde de fuerza.

El tronar de las armas llevaba ya sin interrupción varias horas. El campamento donde se encontraban los heridos, las dos muchachas y una reducida guardia, tuvieron que desplazarlo precipitadamente, al ver que las bombas de aviación batían aquel sector.

Nam Kun aprovechó el barullo para escaparse del grupo y regresar adónde estuvo el campamento. Fue adonde había quedado la mochila de Nay, sacó la pipa, le puso una fuerte carga, y se tendió.

En lo alto de un pequeño monte, al abrigo de unas rocas, quedaron las dos muchachas y el chiquillo. Fueron los dos agentes quienes les obligaron a resguardarse allí.

Apenas terminada la evacuación de los heridos, se corrió la voz de que varios rebeldes huían por allí.

Desde su escondite, las muchachas vieron cómo de la maleza irrumpía un enjambre de hombres que lanzábanse a todo correr hacia el sitio que suponían un importante depósito de armas y víveres.

Una oleada de rebeldes se lanzó a las laderas de los montes en cuyas cimas se estaba desarrollando lo más fuerte del combate.

Hasta el anochecer la aviación estuvo lanzando proyectiles sobre aquellas cumbres, cuyo fuego no se extinguiría ya en toda la noche.

En cambio, el fuego de fusiles y ametralladoras fue cesando, a medida que la luz desaparecía.

Bill miró casi con pavor la leve huella del amanecer que se insinuaba en un lado del horizonte. Eso quería decir que tenían que retirarse. Habían empleado la noche reagrupándose. Tan pronto se hiciera de día tenían que partir, en determinada dirección. Todos los que estuvieran a la deriva, debían tomar el rumbo que Bill, de acuerdo con el mando, habían decidido: un despejado valle, donde los helicópteros procederían a la rápida evacuación de heridos, y luego los paracaidistas.

Fue Dick quien faltando a la consigna, dio una voz. Y la severa

amonestación que Bill tenía preparada, no llegó a salir, porque se le olvidó tan pronto vio ante sí a aquellos seres que tantas angustias habían pasado durante las últimas horas.

Una angustia que él todavía se resistía a reconocer en sí mismo. Con las dos muchachas y el chiquillo venían otros soldados.

Dielle fue avanzando hacia Bill, con los ojos muy abiertos, fijos en el rostro del hombre.

—Celebro que no os haya ocurrido nada —dijo Bill, forzando una voz natural.

Pero de pronto enronqueció. Y atrajo a Dielle contra su pecho.

—¡No te has apartado un momento de mi imaginación…!

—¡Yo hacía fuerza por que así ocurriera! —respondió ella, muy bajo, con gran convicción—. Puede estar todo en paz, y el infierno dentro de uno. Yo quería… que olvidaras cuánto te rodeaba… y sólo pensaras en mí…

A muy corta distancia aguardaba el grueso de la fuerza. La mayor parte de los soldados pertenecían a compañías aerotransportadas. Todos sabían lo que les aguardaba después de las cruentas horas del día anterior.

Con el exterminio de tres cuartas partes de las huestes de Tua Cha; con tener casi la certeza de que habían aniquilado al cabecilla; con haber conseguido plenamente el objetivo principal, la destrucción de las plantaciones, les quedaba todavía por cubrir la etapa más difícil, en la que tenían que precisar de un mayor temple: cruzar durante días y días en el mayor silencio, las llamas sordas de la hoguera verde…

Entre los soldados, Dielle distinguió a Riker, con el rostro tiznado de pólvora. No iba como prisionero. Llevaba armas como los demás.

A toda prisa se organizó el repliegue. Se dividieron en varios grupos.

Uno de los agentes se acercó a Bill, en el momento en que Dielle se disponía a hablarle. El agente Paul le hizo un gesto, para hablarle a Bill aparte.

Esto hizo palidecer a la muchacha. Cuando Bill volvió junto a ella, dijo:

—Nam Kun ha aparecido muerto. Me encarga que seas tú quien se lo comunique a Nay.

Nam Kun fue encontrado con la mano izquierda aferrada a la pipa de opio. Las balas lo alcanzaron cuando se precipitaba al sueño.

—¡Se lo diré! —exclamó Dielle, recobrando el color—. ¡Nay está salvada…!

Enseguida se volvió a mirar a Bill, inquieta. Bill comprendió:

—Se ha ido en busca del otro agente.

—¡Sentiría que le hubiese sucedido algo!… ¡Gilbert era muy noble!… —Y clavando los ojos en Bill—. Sé que no te han dicho la verdad… Ellos me exigieron que colaborara, porque sabían que yo era el enlace de «Charlie» en Bangkok. Ellos no ignoraban que yo estaba dispuesta a vender mis informes al mejor postor…

—Todo eso quedó muy atrás. Tú querías colaborar con ellos y conmigo, sin tú darte cuenta. Sé que dijiste a Riker quién era yo, porque sospechabas que él ya lo sabía, y empezaba a recelar de ti tanto como de mí…

—¡Eso es cierto! —exclamó Dielle—. ¡Pero los agentes no han podido decírtelo, porque eso…!

Se interrumpió. Bill la miró, sonriendo.

—Sigue…

—Cuando les dije lo que iba a hacer, se opusieron. Luego, al verme decidida, dijeron que si tú te enterabas me matarías.

—Ya ves que no…

—¡Oh, Bill! —Se estrechó contra él—. ¡Has sabido ver en mi verdadero fondo…!

Bill se echó a reír, burlándose de la propia emoción. ¡El verdadero fondo!… ¿Y cuál era en realidad el «verdadero»?

Dick, en un momento de depresión, desertó; Nay cuya delicada sensibilidad tuvo oportunidades para desarrollarse al lado de la enfermera Joyce, al desaparecer ésta, vio frustrado su destino. Estaba también. Jud Riker, que desde las brillantes pistas de baile no había podido entrever cuán terriblemente inhumanos eran sus «negocios»… Y Dielle, ¿quién era en realidad? ¿Una muchacha con sed de aventura, y de lujo?…

Les aguardaban duras jornadas. Bill confiaba en que aquellas amargas horas continuarían haciendo su labor.

Unas horas más tarde, Dick y Bill se separaban del grupo para inspeccionar la guardia que había situado en los flancos. Durante

unos minutos pudieron conversar a solas.

—¿Te acuerdas del capitán de tanques Duparc?

—¡El impetuoso capitán Duparc!… ¡Lo hicieron trizas, en uno de sus alocados golpes de mano!

—Eso pareció —dijo Bill—. Pero como tú, cayó prisionero. Y luego escapó… Era «Charlie»…

Se separaron, para inspeccionar la guardia, cada uno por un lado. Cuando de nuevo se reunieron, antes de regresar al grupo, Dick preguntó:

—¿Tú vas a seguir en el ejército?

—Naturalmente. El mando quiere que permanezca en esta zona como observador… Y necesitaré algunos ayudantes. Tú estás en lista.

Dick no protestó. Al contrario, dio un respiro. A continuación, con aire azorado, habló de Nay.

—Quiere ser enfermera.

—Ya lo sé —contestó Bill.

—¿Podrá permanecer en un hospital cercano a nosotros?

—Podrá —contestó Bill.

Dick dio un grito, olvidándose de la consigna y echó a correr hacia el grupo. Encontró, como siempre a Nay y a Dielle juntas.

—¡Perdone, Dielle!… ¡Nay y yo tenemos que hablar!

La cogió de un brazo y la obligó a ir con él. La muchacha *karen* anduvo graciosamente unos cuantos pasos y de pronto volvió la cabeza, para mirar a Dielle, y sonreírle, como dándole las gracias.

«¡Pero criatura! ¡Yo no he hecho nada por ti!», dijo Dielle, mentalmente. Nadie parecía hacer hecho nada por nadie. Y sin embargo, los cambios de destino ocurrían…

Cuando más tarde, Bill y Dielle llegaron al campo donde se efectuaba el embarque de fuerzas, eran el último grupo que quedaba.

Allí se enteraron que los dos agentes, uno de ellos herido, Gilbert, habían salido hacía días. Uno de los pilotos que se encargaba de la evacuación llevaba una nota del agente Gilbert, el joven rubio. Era para Dielle.

«Cuando nos veamos en París, con permiso de su esposo Bill, me concederá un baile…

»*Gilbert*».

Le dio la nota a Bill, temblando de emoción. Mientras él la leía, ella no dejaba de mirarle. Era la primera vez que se aludía al destino de los dos.

—¿Vamos antes de que se ponga bien? —preguntó Bill. Y rompiendo a reír, agregó—: Ahora puedo confesarte que tuve celos de ese muchacho.

Dielle le echó los brazos al cuello.

—¡De nadie, Bill!… ¡De nadie… nunca, sientas celos! ¡Yo no soy más que lo que tú quieras que sea!

Ya con un permiso indefinido, al pasar por Bankok supieron que Jud Riker había embarcado para Europa. Al poco caía en una redada de la policía italiana, en colaboración con Interpol, por un asunto de estupefacientes. El comentario de Bill fue:

—No siempre surte efecto tener una «oportunidad»… Pero deben darse…

FIN



COLECCIÓN

INFANCIA





Pulgarcito
Blancanieves
Pinocho
La Cenicienta
El patito feo
etc.

LOS MAS BONITOS CUENTOS, ILUSTRADOS CON GRANDES DIBUJOS A TODO COLOR

PRECIO 9 pts.

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - CIUDAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

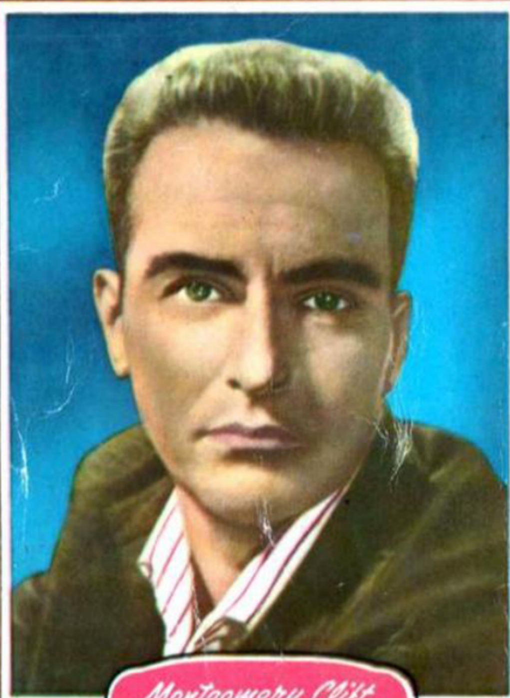
PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS





Nació en Omaha, Nebraska, el día 17 de octubre de 1920. Es uno de los solteros más solicitados de la meca del cine. De entre sus interpretaciones destacan: «La heredera», «Un lugar en el sol», «Río rojo» y «Estación Termini».

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain